

Revista de
FOLKLOR

N.º 198



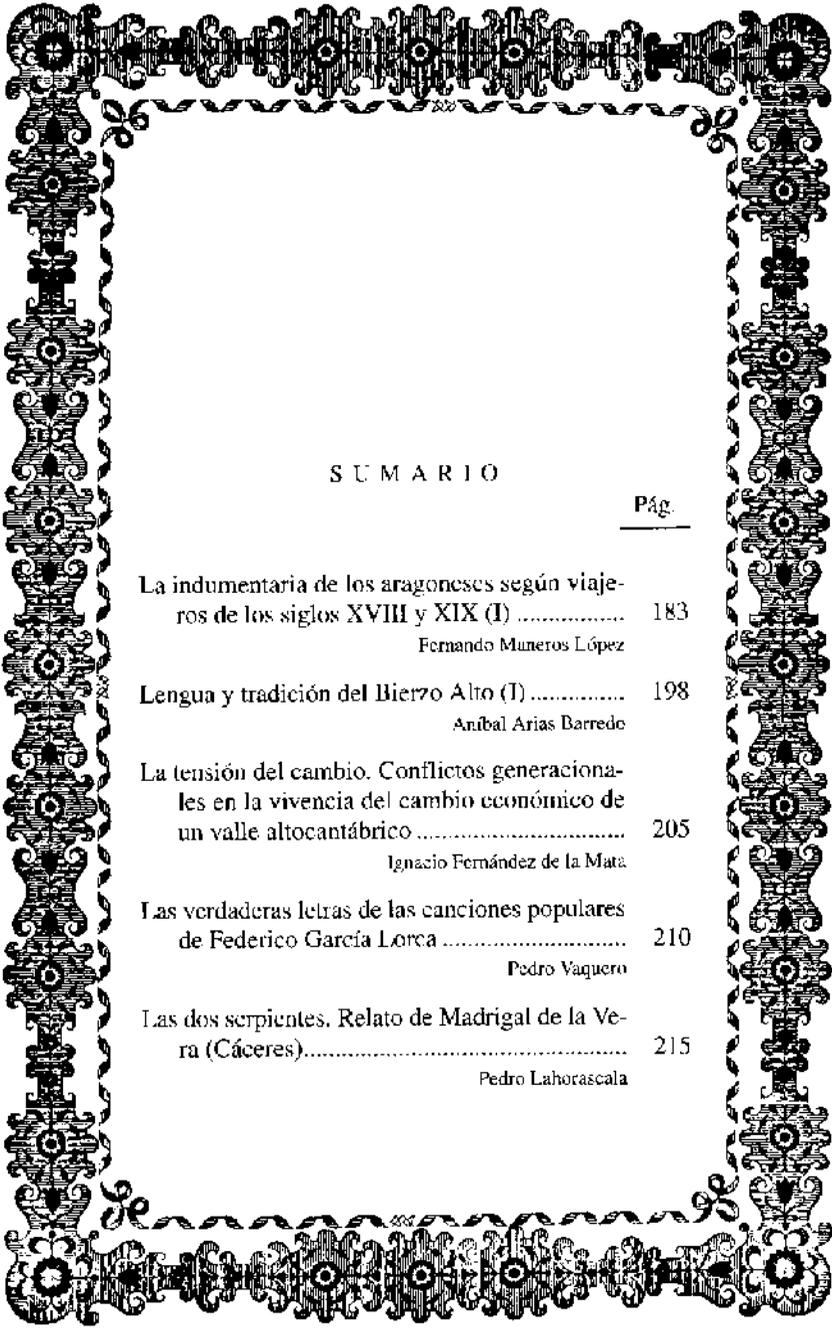
Editorial

Con cíclica insistencia ha vuelto el ser humano sus ojos hacia el campo o hacia la naturaleza esperando encontrar en ese medio algo de lo que carecía en su ámbito vital cotidiano. No debe de extrañarnos, por tanto, que hayan sido preferentemente escritores, pensadores, poetas o moralistas quienes con más énfasis han cantado las excelencias de una ideal relación entre el individuo y el medio rural, relación que existió en un tiempo pretérito y que nunca debió perderse. Ya Columela acababa los males físicos y espirituales de sus conciudadanos al hecho de presumir uacilmente de algo en sí mismo viciado, "no ver el sol ni al salir ni al ponerse", y recomendaba vivamente adquirir una finca "en un lugar próximo a la ciudad" como remedio a aquel vicio vital y aun como solución para la buena economía de sus cotiáneos. A mediados del siglo XII, un sevillano agrónomo y escritor -Ibn al-Awwam- resumía en un libro de agricultura toda una filosofía oriental asegurando que quien dedicara su quehacer a este arte en el medio rústico habría de conseguir por él "con el favor de Dios, cuanto es necesario para la vida". Siglos más tarde, el también defensor del campo y sus particularidades Alonso de Herrera va a dedicar un completo tratado en 1513 (por cierto todavía vigente en muchos de sus aspectos) a la vida rural y sus trabajos, afirmando rotundamente que la existencia campesina está exenta de pecados y "quita pesares". ¿Y qué decir de los abundantes manuales de agricultura y guías del labrador o del hortelano aparecidos en el inquieto e industrial siglo XIX? Variarán las técnicas y mejorarán los recursos mecánicos, pero por encima del arte de cultivar o del conocimiento sobre la excelencia o no de los terrenos sobresale una idea razonada: El ser humano reconoce en la naturaleza su medio más congénito, su entorno más placido, su remedio más eficiente contra el ansioso desasosiego ciudadano.

Nuestro siglo ha conocido tardíamente un inédito, inesperado y espectacular regreso al campo. Tal vez pueda rustrearse su origen en las sociedades de amigos del país, en las asociaciones excursionistas o incluso en aquella práctica organizada de recorridos de "pequeño turismo" de las primeras décadas de este siglo que con tanto entusiasmo impulsó el Marqués de Vega Inclán. En cualquier caso hay un hecho evidente: La mujer y el hombre de hoy precisan de un antídoto contra el veneno de la prisa y una vez más el medio rural se lo asegura en dosis sobrada.

Hagamos votos por que esa llegada a la naturaleza, que no es sino un eterno retorno, transite por la misma "humilde y escondida senda" que proclamaba Fray Luis de León siguiendo el ejemplo de los sabios que el mundo tuvo. Que quien dedique su ocio al acercamiento a ese mundo rural, antiguo, ignoto, lo haga libre de los errores ciudadanos y encuentre ese "día puro, alegre y libre", ese "no rompido sueño" que por toda ambición imaginó el poeta salmantino.





SUMARIO

	<u>Pág.</u>
La indumentaria de los aragoneses según viajeros de los siglos XVIII y XIX (I)	183
Fernando Muneros López	
Lengua y tradición del Bierzo Alto (I)	198
Aníbal Arias Barredo	
La tensión del cambio. Conflictos generacionales en la vivencia del cambio económico de un valle altocantábrico	205
Ignacio Fernández de la Mata	
Las verdaderas letras de las canciones populares de Federico García Lorca	210
Pedro Vaquero	
Las dos serpientes. Relato de Madrigal de la Vera (Cáceres).....	215
Pedro Lahorascala	

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Plaza España, 13 - Valladolid, 1997.

DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1870.

IMPRIME: Gráficas Turquesa - C/ Turquesa, Parc. 254-B, Pol. I. S. Cristóbal - VA-1937.

LA INDUMENTARIA DE LOS ARAGONESES SEGUN VIAJEROS DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX (I)

Fernando Maneros López

Si desde épocas antiguas viajeros de todo tipo han plasmado sus experiencias a través de la escritura, es a partir del siglo XVII y debido a la abundante proliferación de ejemplos, cuando se va a ir configurando como género literario el relato de viajes. En los siglos XVIII y XIX será cuando alcance su mayor apogeo, convirtiéndose en una de las producciones literarias más importantes, por el gran éxito de público que alcanzó.

El espíritu de dichos libros variará ligeramente según cada momento. En el siglo XVII, además de narrar los avatares del viaje, comenzará a imponerse cierto carácter educativo que intenta motivar a los lectores para que ellos mismos realicen sus propias aventuras.

En el siglo XVIII, época ilustrada, el afán educativo será la principal finalidad de estos relatos; se trata de proporcionar al mayor número de lectores la mayor información posible sobre el mundo en el que viven. Por ello, llegan a configurarse manuales del viajero en los que se determina todo aquello que deben plasmar estas obras: información acerca de la geografía, economía, legislación, formas de gobierno, educación, arte, costumbres, etc.

En el siglo XIX se tenderá progresivamente al carácter lúdico, buscando en esencia entretener a los lectores. Es la época del movimiento romántico y, sin dejar de facilitar información, los autores se interesarán más por las costumbres, las tradiciones, las leyendas, etc., es decir, los rasgos que diferencian unos pueblos de otros; todo lo que se considere exótico quedará recogido y en la mayoría de las ocasiones el exotismo se encuentra en lo popular.

En las últimas décadas del siglo XIX y debido a la cada vez mayor abundancia de viajeros, comienzan a aparecer las primeras guías de viajes, consistentes en recopilaciones de datos prácticos para la realización del viaje, centrándose sobre todo en la descripción de los principales monumentos de distintas ciudades. Con ellas empieza a desaparecer el libro de viaje concebido como relato de las aventuras y acontecimientos que el viajero ha experimentado personalmente para luego compartirlas con los lectores.

Para la realización de este trabajo nos hemos basado especialmente en libros del siglo XIX ya

que, según hemos dicho con anterioridad, son los que más datos proporcionan sobre el tema que nos interesa: cómo vestían los aragoneses.

Son muy numerosos los volúmenes que en los siglos XVIII y XIX versan sobre viajes a través de la geografía española o alguna de sus regiones. Naturalmente, una primera selección obvia que hemos tenido que realizar, ha sido la de centrarnos en aquellos que incluyesen en su itinerario las tierras aragonesas. En segundo lugar, no todos los autores que nos hablan de su paso por Aragón se preocupaban por la ropa usada por sus habitantes. Finalmente, entre aquellos que sí lo hacen, se han elegido los que nos proporcionan información especialmente significativa: descripciones muy detalladas, o bien hablan de una zona muy concreta y que no suele ser habitual visitarla, o se fijan en peculiaridades que hoy ya no se conservan.

Por otro lado, la finalidad última de este estudio es la de servir de apoyo al conocimiento de la indumentaria popular tradicional en Aragón en tiempos precedentes a nuestros días. Dado que es extremadamente difícil que se hayan conservado prendas cuya antigüedad vaya más allá del siglo XIX, el conocimiento de las mismas hay que realizarlo a través de testimonios escritos o gráficos. Lo que se puede entender como indumentaria tradicional de una región, comarca o lugar, no hay que remontarlo más lejos del siglo XVII, siendo en las dos centurias siguientes cuando se configurará como tal.

Teniendo en cuenta todo lo dicho, es fácil comprender que los textos referidos a este tema y que se fijan en Aragón, sean prácticamente inexistentes en el siglo XVII, escasos en el XVIII y abundantes en época romántica.

No obstante, y a pesar de los esfuerzos realizados, tenemos presente la posibilidad de que se nos haya escapado alguna referencia, puesto que en ocasiones es verdaderamente difícil poder tener acceso a determinados ejemplares de estos libros.

Con frecuencia, las descripciones de hombres y mujeres aragoneses se limitan a mencionar su aspecto general, destacando algunos elementos que llaman la atención del viajero por no ser usados en su tierra de origen o por el contraste que suponen con otras zonas de España que ya ha vi-

sitado. Son los hombres en quienes más se fijan y en prendas como la faja, el pañuelo de cabeza o los sombreros, mientras que la atención dedicada a las mujeres, salvo raras excepciones, siempre es menor, posiblemente porque visten de forma similar a otras regiones del país.

Deliberadamente hemos incluido varias menciones al uso del sombrero de alas anchas y la manta, lo que puede parecer un poco repetitivo. Pero son prendas que, como se irá viendo, definían al aragonés como tal y que hoy prácticamente no se consideran al vestir la indumentaria popular. Por la misma razón, el lector encontrará reiteradas alusiones al color azul de las medias en distintas zonas de nuestra región.

Por lo que se refiere a las imágenes, todas son grabados o litografías que ilustran este tipo de libros. En algún caso se corresponden con un comentario del texto en el que se menciona la indumentaria que en ellas se puede ver, pero normalmente aparecen insertadas entre el texto de modo aleatorio y sin que se dé ninguna referencia específica sobre las mismas.

Son muy raras las ocasiones en que los libros de viaje se ilustran con láminas dedicadas a los tipos populares de las zonas que describen, ataviados con las prendas características de su tierra, ya que son los monumentos o las vistas de ciudades los temas más elegidos para ello. No obstante, presentamos un total de 17 ilustraciones bastante significativas que nos proporcionan interesantísima información sobre el tema.

En este punto es imprescindible comentar el grado de verosimilitud que tienen estas ilustraciones, es decir, hasta dónde puede llegar la credibilidad de lo que vemos dibujado.

A este respecto hay que sopesar distintos factores y analizarlos en cada caso concreto.

En un principio no se puede olvidar la libertad del autor para realizar su obra, pudiendo incluir detalles o elementos, o bien modificarlos, según sus propios criterios artísticos. Quizás el mejor ejemplo que refleje esta circunstancia es G. Doré, cuyo estilo en ocasiones muestra notables rasgos de imaginación.

Por otra parte, todos los escritores que firman estos libros aseguran haber realizado el viaje que relatan y dan a entender que las ilustraciones se basan en dibujos o notas tomadas del natural en los lugares a los que aluden, indicándose este dato ex profeso. De hecho, en muchos casos el escritor viaja acompañado por un pintor o dibujante, siendo en otros él mismo quien se encarga de dicha labor. Pero necesariamente hay que tener en cuenta el fenómeno que se produjo debido al gran

éxito editorial de estas obras y que consistió en la producción de relatos de falsos viajes: autores que sin salir de su casa escribieron libros en los que plagiaban lo escrito por otros o bien en los que se dejaba vía libre a la imaginación.

Entre los testimonios gráficos que aquí incluimos, contamos con un ejemplo de estos casos, aunque solamente en lo que concierne a la ilustración, que no al texto. Se trata de la figura nº 13 realizada por los hermanos Rouarge y en la que han unido en una misma escena tipos que han copiado de grabados anteriores ya existentes en el mercado editorial y que además no pertenecen a obras del género de viajes.

Muchas precauciones o reticencias hay que tener acerca del coloreado de estas imágenes, por distintas razones. En primer lugar, porque son raras las veces que la obra original se coloreaba, es decir, que el colorido que nos ofrecen los grabados y litografías suele ser moderno. Este hecho hay que tenerlo muy presente esencialmente en nuestros días, cuando se tiene acceso a alguna de estas láminas que por razones comerciales se han extraído de la obra a la que pertenecen para venderlas individualmente y que también por motivos económicos se han coloreado, por su mayor facilidad de venta si incluyen color.

De las 17 imágenes que incluimos en este trabajo, cinco han sido coloreadas; las figuras nº 2 y 13 lo han sido recientemente, mientras que las nº 8, 9 y 10 ya presentan el color en la obra original.

En segundo lugar y refiriéndonos a los casos en que las ilustraciones se han coloreado ya en el libro original, siempre hay que considerar ciertos márgenes de aleatoriedad. Como muestra claramente significativa, conocemos varios ejemplares de la pareja de grabados realizada por St. Sauveur —figuras nº 9 y 10— coloreados cada uno de ellos de una forma diferente.

A pesar de todo, cuando se comente cada una de las ilustraciones, se mencionará el color que se ha aplicado a cada prenda, especialmente en las que hemos constatado que la coloración no es reciente, siempre teniendo presente lo hasta ahora dicho.

TEXTOS E IMAGENES

La mayor parte de los viajeros que transcurren por tierras aragonesas, normalmente de paso a otras regiones, no suelen detenerse por mucho tiempo en nuestras ciudades, excepción hecha de Zaragoza. Su breve estancia no les permite hacer detalladas observaciones sobre las distintas modalidades del vestir en las comarcas aragonesas, pero algunos sí hacen mención, de modo generalizado, a la indumentaria que ven usar.

En 1809 A. Laborde, tras realizar un amplio retrato del carácter aragonés, nos proporciona este sucinto comentario:

La chaqueta o chupa corta, faja, redecilla, capa y sombrero redondo es lo que más usa el pueblo aragonés. La nobleza, magistrados y comerciantes visten más a la usanza. La sencillez de los vestidos se nota más en este reyno que en las provincias vecinas. El lujo de Cataluña y de Valencia no ha penetrado aún del todo (1).

En estas breves líneas, y aunque únicamente se hace mención a cómo visten los hombres, quedan reflejadas las principales características de la indumentaria usada en Aragón, que se irán repitiendo a lo largo de este trabajo. En primer lugar, su carácter popular, puesto que es el pueblo quien utiliza las prendas propias de la tierra, mientras que las clases medias y altas "visten a la usanza", es decir, como es también habitual en otras zonas siguiendo las pautas de las modas del momento. En segundo lugar y salvo raras excepciones, el indumento masculino generalizado para todo Aragón se configura con las piezas enumeradas: chaqueta corta, faja, capa y sombrero; habría que añadir el calzón corto hasta la rodilla, el pañuelo de cabeza, las alpargatas y la manta para configurar el traje "básico" del aragonés, teniendo siempre en cuenta la abundante variedad de prendas que, dependiendo de cada zona y momento, complementan a las citadas. Finalmente, la sencillez de los vestidos, definidos más que por otra cosa por su funcionalidad y carácter práctico, lo que les aleja de lujos superfluos y además sirve para diferenciarlos de los de otras tierras vecinas.

Richard Ford en 1845 nos ofrece una descripción muy parecida a la anterior:

El traje aragonés se distingue del de Cataluña, ya que las calzas hasta la rodilla ocupan en él el lugar de los pantalones, y el sombrero blando de ala ancha el del rojo gorro frigio. Las clases bajas son aficionadas a los colores rojo y azul y llevan bandas de seda muy anchas (2).

Por su parte, J. M. Quadrado refiere en 1844:

Si a la entrada de uno de esos pueblos encontramos algunos hombres de bizarro talle, de lleno, expresivo y algo moreno el rostro, revuelto en torno a la cabeza, cual ligera toca, un pañuelo encarnado u oscuro por bajo del cual se ensortija el crespo cabello, ceñido el cuerpo con una ancha faja azul o morada; ajustado al muslo el calzón corto, y ostentando bajo la media todo su contorno la nervuda pierna y toda su ligereza los pies sujetos apenas por trenzadas alpargatas; o si en medio de su camino, al divisarlos en grupo embizados en sus blancas mantas rayadas, recuerdas



Figura 1. Biblioteca Nacional, Madrid

los albornoces árabes o las elegantes togas romanas,...(3).

Unos años más tarde, en 1862, E. Guimet es más explícito:

Era muy curioso ver a los trabajadores aragoneses empleados como mineros en los trabajos del nuevo camino; aparecían colgados, no se cómo, de las rocas grises, con su tocado rojo, formado por un pañuelo enrollado en forma de corona alrededor de su cabeza rasurada, su chaleco amarillo o rojo y su calzón corto de terciopelo negro, sujeto por una larga faja violeta; la camisa muy blanca destacaba sobre su piel tostada.

Antes de llegar a Zaragoza, atravesamos numerosos pueblos y una ciudad (Calatayud), que tiene el aspecto de no haber cambiado desde los Musulmanes. Por lo demás, ese tocado aragonés del que he hablado continuamente, tocado que no protege ni del frío, ni del calor, ni de la lluvia, ni del sol, no es otra cosa que un turbante degenerado (4).

Vemos por este autor que lo que caracteriza el traje de los aragoneses es su colorido, ya que a pesar de que el calzón es negro (también lo sería la chaqueta), el resto de las prendas son de vivos tonos. Es significativa la evocación al origen árabe del pañuelo de cabeza, tal como hoy en día ha recogido A. Beltrán (5).

Por las mismas fechas, concretamente entre 1862 y 1873, el barón Ch. Davillier se encuentra recorriendo buena parte de la geografía española. La crónica de su viaje es ilustrada por G. Doré, del que hemos seleccionado dos imágenes.

La primera de ellas titulada *Un avellanero (mercante di nocciuole) aragonese, a Madrid* —figura n° 1— representa a un hombre con una amplia manta rayada sobre los hombros, bajo la que luce una especie de elástico y calzones hasta la rodilla que no se sujetan mediante una faja, sino con un cinturón de hebilla; el pañuelo de cabeza lo tiene dispuesto como una banda estrecha sobre la frente, sin que se aprecie ningún nudo; parece que calza alpargatas.

En la segunda, *Los toreros dans la calle de Zaragoza*, —figura n° 2— un grupo de curiosos se agrupa alrededor de dos toreros; entre tan nutrida concurrencia nos vamos a fijar en primer lugar en las dos mujeres situadas más a la derecha. Lucen amplias faldas, largas hasta el tobillo, con gran delantal encima; sobre los hombros han dispuesto unos mantones cortos que no caen más allá de la cintura, por debajo de los que asoma la camisa que deja los brazos descubiertos por lo que podemos deducir que las mangas llegarían como mucho hasta el antebrazo y que sobre la camisa visten justillo y no jubón. Pero lo que más nos llama la atención es su peinado, una modalidad del moño denominado "picaporte", complementado con un pequeño rodete o moño circular en cada sien.

Delante de ellas un hombre luce un peculiar sombrero de rodina con una copa exageradamente



Figura 2

estrecha, bajo el cual asoma el pañuelo de cabeza anudado en la nuca, con las puntas sueltas sobre la espalda. Destacan, asimismo, los aragüelles de lino o cáñamo, especie de calzones exteriores de color crudo y anchos, largos hasta encima de la rodilla, característicos de huertanos y que han perdurado en uso en las provincias levantinas; en Aragón también se han documentado en la comarca del Bajo Cinca. Parece que debajo de esta prenda lleve una especie de pantalones o calzas, remendadas en la rodilla. Además, viste camisa, chaleco abierto encima y faja en la cintura.

Si éste es el testimonio del dibujante y grabador Doré, Ch. Davillier también realiza su aportación con el siguiente texto:

El traje de los aragoneses es de lo más pintoresco, especialmente cuando lo lleva uno de esos robustos mozos, bien plantados, con el talle ajustado por una ancha faja morada. Insistimos en este color, que está especialmente de moda de un extremo a otro de Aragón, sobre todo en las fajas. También es morado el color de la cinta del escapulario, con la imagen de la santa patrona, que todo buen aragonés lleva al cuello:

*Todos los aragoneses
llevan al pecho colgada
la imagen de su patrona
con una cinta morada.*

El tocado ordinario de un aragonés es muy sencillo: alrededor de sus cabellos, de ordinario cortados al rape, se ponen un pañuelo de colores, que en lugar de acabar en punta por encima de la cabeza, como el de los valencianos, se anuda simplemente sobre la sien derecha. La faja morada, de la que acabamos de hablar, sujeta un calzón corto y ajustado, casi siempre de terciopelo verde o negro o bien de ese cuero de tono leonado que se tomaría por yesca. Las medias suelen ser azules y bajo ellas se moldea una nervuda pantorrilla. Están a veces cortadas en el tobillo, de manera que dejan el pie desnudo, dentro de las alpargatas, atadas éstas con cintas negras. No hay quizá otra provincia de España donde se usen tantas alpargatas o espardeñas como en Aragón, uso que ha dado origen a una locución peculiar del país. Se dice en Aragón "compañía de alpargata", hablando de la sociedad de un hombre poco constante que abandona a sus compañeros cuando tienen más necesidad de él, lo mismo que la alpargata, calzado de poca duración, no tarda en romperse al caminante que la lleva. También se llama alpargata o alpargatilla al que, disimulándose, sabe conseguir sus deseos en secreto, como hombre que anda sin hacer ruido.

Hay, además, una copla popular llena de profunda filosofía:

*Quien de alpargatas se fia
y a mujeres hace caso,
no tendrá un cuarto en su vida
y andará siempre descalzo. (6).*

Extensa e interesante información la que se ha concentrado en estas líneas, sobre la que es innecesario cualquier comentario; aún así nos gustaría resaltar el variado colorido de los calzados que no se limita al negro, el hecho de que las medias "suelen ser azules" - color que se ha venido considerando característico de la provincia de Teruel, pero que en realidad fue el más habitual en todo Aragón para esta prenda- y que muchas veces se cortan en el tobillo, sin pie, ni estribo.

El calzado más característico del aragonés es la alpargata, lo iremos viendo en la mayor parte de los testimonios que aquí presentamos. Uno de ellos, mientras comenta un grabado titulado *Laboureur de Jerez*, se debe a J. Taylor:

Los cordones de su calzado son casi siempre blancos. Los cordones de los calzados catalanes y aragoneses son azules. Hombres y mujeres del pueblo en el reino de Valencia, Cataluña y Aragón, llevan alpargatas (7).

Hasta aquí los testimonios que de modo generalizado se refieren a cómo visten los aragoneses. En las páginas siguientes veremos que los viajeros se refieren a comarcas o localidades concretas, por lo que hemos organizado sus alusiones a la indumentaria individualizando cada una de las tres provincias aragonesas.

PROVINCIA DE HUESCA

Han existido diferentes pasos que, atravesando el Pirineo, facilitaban la comunicación entre las tierras del Alto Aragón y Francia; dos de los más tradicionales eran los utilizados por los peregrinos que realizaban el camino hacia Santiago de Compostela. El primero y más antiguo de ellos es el localizado en el Puerto de Palo, que permite la entrada en el valle de Hecho; el segundo es el paso del Puerto de Somport que da acceso a las localidades de Canfrac y Villanúa.

De los distintos testimonios escritos que dan cuenta de las vicisitudes sufridas por los viajeros al cruzar esta zona montañosa, hemos elegido el que sigue, para así familiarizarnos con el ambiente de tiempos anteriores.

Canfran, 1 de febrero de 1838.

Por fin, tras una de las jornadas más agotadoras, hemos llegado a España. Había caído tanta nieve en la montaña que nuestras pobres mulas se hundían a cada paso y, para levantar una, no bastaban los esfuerzos y enérgicos apóstrofes de



Figura 3 Biblioteca Nacional, Madrid.

cuatro muleros. La tormenta nos sorprendió cerca del puerto de Canfran; y entonces, viéndonos tan apretados y silenciosos, nadie hubiera reconocido esta caravana, tan alegre y ruidosa a su salida de Urdax. Envueltos en torbellinos de nieve y viento, avanzábamos penosamente, agarrándonos a la silla y abandonados al talento de nuestros muleros. Era hermoso ver a esos hombres intrépidos identificarse de esa forma, en medio del peligro, con sus animales, ¡hombres y mulas no parecían formar más que un único ser! En la subida sujetaban constantemente los frenos de sus obedientes amigos; en el descenso, agarraban su cola con las dos manos, y maniobrando con ella como un marino con el timón de su barca, les hacían pasar entre peligros sin número. Un mulo, viejo conocedor de la montaña, iba solo a la cabeza del convoy; los otros le seguían en fila, dirigidos por el freno o por la cola" (8).

La figura nº 3 (9) nos muestra un ejemplo del paso entre las montañas de una reata de mulas, con el mulero al frente; asimismo se ve a un viaje-

ro con un caballo y a otro personaje caminando y que con toda probabilidad se trata de un contrabandista, o quizás de un guía. En la parte inferior derecha se ve una manada de toros y un jinete, en lo que parece ser una tienta; esta escena, así como el bandolero oculto entre las rocas en la parte izquierda, habría que localizarlos en Andalucía. El conjunto representa algunos de los tópicos de la imagen que en el siglo XIX tienen los extranjeros de España, pero el paso entre las montañas puede localizarse perfectamente en Aragón.

Poco podemos decir de la indumentaria que se observa en esta litografía, dado que no tenemos la certeza de su localización en nuestra región, aunque las prendas que viste el hombre de primer término —calzón hasta la rodilla, faja, camisa y chaqueta— no estarían fuera de lugar en estas tierras. Sin duda lo que más llama la atención es el peculiar sombrero, con el ala estrecha y una copa en forma de tronco invertido bastante alta; el mulero situado un poco más atrás luce un tocado similar.

Perteneciente a la misma obra (10), otra ilustración —figura n° 4— nos muestra un pastor con su perro y el rebaño; está acompañada del siguiente texto, referido igualmente a la escena anterior:



Figura 4. Biblioteca Nacional, Madrid

Algunos raros rebaños perdidos en este espacio que los ojos no sabrían abarcar, pastan libremente en los ricos prados que la Naturaleza ha dado a estas tierras sin dueño, y son guardados por un pastor vestido, como San Juan del desierto, con la piel de sus ovejas. A veces, encontrareis una larga hilera de mulas que marchan lentamente bajo la conducción de un solo hombre llamado arriero. Este hombre va descuidadamente sentado sobre el lomo de la mula que forma la cabeza del grupo; lleva siempre con él su largo puñal, su fina escopeta y su trabuco; pues, en este país medio desier-

to, el viajero está a menudo en peligro, y no hay que aventurarse sin precauciones.

En esta ocasión vemos con mayor detalle el mismo tipo de sombrero anterior, y cómo asoma por debajo, en la zona de la nuca, el pañuelo que ciñe la cabeza. Además, el pastor viste una camisa sobre la que dispone una zamarra sin mangas realizada en piel de oveja y calzón oscuro hasta la rodilla; calza abarcas sujetas con unas abarqueras que le ascienden hasta media pierna y que sirven para ceñir unas flojas medias que igualmente le cubren hasta media pantorrilla. Se complementa con una fina vara y un zurrón cruzado por uno de los hombros.

Three Waifarers relata el viaje que un hombre y dos mujeres hacen desde Bayona a Perpignan a mediados del siglo pasado; el texto va ilustrado por descriptivos grabados, realizados por Touchstone, sobre distintas etapas del trayecto (11).

Si bien la mayor parte del recorrido discurre por tierras francesas, en un momento dado se deciden a pasar a España atraídos por los baños de Panticosa. Cruzan la frontera desde Gabas en el lado francés, para acceder a Formigal y luego a Panticosa, ya en la vertiente española. Del paso por la frontera nos ha dejado una breve descripción:

...tres millas más entre ciénagas del glaciar derretido y se llega a la aduana española, donde el aspecto de bandolero del auténtico español se os ofrece en el aduanero que sale para hacer un pequeño y solemne examen, con aires de príncipe. El apunte es su fiel retrato. Aquí no se muestra, ni con mucho, la curiosidad de la aduana francesa. Los españoles parecen principalmente preocupados por prevenir que los franceses, más que sus mercancías, entren en su hermoso país; por contra, los franceses hacen conciliábulo sobre vuestra navaja de afeitarse e incisiones en vuestro jabón, desmigam el más diminuto pastel de chocolate y miran con el ceño fruncido vuestra faja de lana (12).

Vemos a dicho aduanero en la figura n° 5. Refiriéndonos a su indumentaria, viste camisa blanca con pequeños cuellos, abierta hasta mitad del pecho, y con las mangas abullonadas, ceñidas en los puños; una faja con su extremo interior colgando sobre un lateral, ciñe anchamente la cintura. El calzón, negro y muy estrecho, llega hasta debajo de las rodillas y se presenta con los extremos inferiores completamente cerrados; da la impresión que este cierre se hace mediante botones, y aunque no se distingue con claridad, se adivina la presencia de una costura que correspondería a una pieza para las aberturas laterales. Cubre las piernas con medias con pie y calza

alpargatas que se atan con cintas alrededor del tobillo. Pero lo que más nos llama la atención de esta figura es el hecho de llevar la cabeza cubierta por una tela blanca, que seguramente se puede identificar con un pañuelo y que no responde a ninguna peculiaridad de la forma de vestir, sino más bien a la necesidad de protegerse del sol y de los mosquitos, si atendemos al siguiente comentario mencionado en el texto al referirse a la aduana:

Los mosquitos empiezan aquí a picar con furia, y un par de horas de reposo cuando aprieta el calor no serán mal recibidas. Se dice que a los fumadores impenitentes no les molestan las picaduras de los insectos, y que un cinturón ruso de cuero mantiene alejadas estas plagas, pero filosofía y paciencia son recetas mejores y en las que hay que confiar más.



Figura 5

Entre el resto de los grabados de esta obra figuran dos retratos de los guías Antonio y Mariano, sin que se especifique quién es cada uno de ellos. El primero —figura n° 6—, nos presenta el

busto de perfil de un hombre maduro, vestido con una camisa de cuello estrecho terminado en pequeñas puntas, bajo el que se ha dispuesto un pañuelo anudado en el frente y sobre la camisa un chaleco negro con cuello doblado y solapas redondeadas; se toca con un pañuelo que le ciñe la cabeza, sin que se vea ninguna punta que asome (hay que tener en cuenta que lo vemos de perfil) y un sombrero. Nuevamente es el sombrero el elemento más llamativo, siendo distinto al modelo que hemos visto anteriormente; éste tiene el ala bastante ancha, sobresaliendo unos 20 cm. desde la unión con la copa, que tiene forma troncocónica truncada, de modo que se remata en una superficie plana; es más baja que la que vimos al pastor y se adorna con dos borlas o madroños en el frente, uno en el ángulo creado por la pared y la zona superior de la copa, y el otro parece ser que en la unión de la copa con el ala, aunque también podría localizarse en el extremo exterior del ala.

El segundo ejemplo presenta de cuerpo entero a un joven con mochila y larga vara —figura n° 7—; visto de modo similar a lo que hasta ahora hemos



Figura 6

visto, apreciándose perfectamente los botones que ciñen el calzón en la abertura lateral. Destacan, no obstante, dos peculiaridades: por un lado el ir calzado con unas fuertes botas y proteger las pantorrillas con polainas, y por otro el sombrero. Se trata en esta ocasión de un modelo muy similar al último, aunque de tamaño más reducido; se adorna igualmente con dos borlones y la copa es prácticamente igual; la principal diferencia estriba en la forma del ala, que además de ser un poco más corta, termina en una vuelta que se levanta por todo el perímetro del ala, pero sin llegar a la cota máxima de la copa.



Figura 7

Arrieros, pastores y guías son tipos populares que frecuentemente aparecen en los relatos de viajes por los Pirineos, pero aún hay otro personaje cuya actividad despierta frecuente interés: el contrabandista. La práctica del contrabando siempre ha sido una de las principales fuentes económicas para los habitantes de las áreas fron-

terizas (13), y la figura del contrabandista, al igual que la del bandolero, es una de las que más atracción despiertan entre los viajeros románticos. Aunque en muchas ocasiones son presentados con rasgos estereotipados o tópicos, se trata en realidad de habitantes de los pueblos cercanos a la frontera, iguales a otros que no realizan dicha actividad y por lo tanto, ciñéndonos al aspecto indumental que nos interesa, sin diferencias con ellos.

En la magnífica litografía reproducida en la figura nº 8, se muestra a unos "Contrabandistas Aragoneses" —no suele indicarse una adscripción geográfica más concreta— mientras marchan por la montaña (14); los cuatro personajes que en ella aparecen miran hacia la misma dirección y sus actitudes de alerta reflejan una situación de cierto peligro. Se trata de dos hombres armados con escopetas que van a pie, precediendo a una mula sobre la cual van sentados un tercer varón, igualmente armado, y una mujer joven que abraza con fuerza a un niño de corta edad.

Dos elementos llaman poderosamente la atención, a primera vista, en la indumentaria de los hombres de primer término: los enormes sombreros de ala ancha y las mantas dispuestas sobre el hombro izquierdo. Los sombreros son de copa baja redondeada y un ala ligeramente curvada hacia arriba que viene a sobresalir unos 20-25 cm.; el personaje central luce debajo del sombrero un pañuelo de cabeza de color rojo. Es el primer ejemplo que vemos del tipo de sombrero que más va a identificar a un aragonés, caracterizado por el gran tamaño de sus alas que, según diversos testimonios, en ocasiones llegan a cubrir los hombros. Las mantas son pardas, lisas en la mayor parte de su extensión, presentando decoración de bandas diversas en los extremos de los lados más estrechos; la que luce el personaje de la derecha cuenta con dos bandas de diferente anchura en un extremo y una en el otro, todas en tono marrón oscuro; la del hombre de la izquierda es más elaborada, presentando en un extremo un total de siete bandas de diferente anchura, alternando los colores rojo y azul sobre el fondo pardo; en el lado opuesto el número de bandas se reduce a cuatro, que asimismo son más estrechas; la banda que remata ambos extremos, así como el fleco final, son de color rojo. En la zona izquierda de la imagen y sobre el suelo se ve una tercera manta, igualmente parda, pero ésta con estrechas bandas en color marrón oscuro en toda su extensión, dispuestas cada 10 cm. aproximadamente.

El traje que se puede ver debajo de las mantas consiste en camisa blanca de mangas abullonadas y pequeños cuellos triangulares, chalecos que se han coloreado en tono azul, faja, chaqueta con solapas de color marrón oscuro y calzón hasta de-

bajo de las rodillas de la misma calidad que la chaqueta; los calzones presentan pequeñas aberturas en la parte inferior de los laterales exteriores que se cierran con botones de modo que queden ceñidos. Calzan abarcas de piel, de puntera muy reducida, que se sujetan al tobillo con abarqueras que ascienden hasta media pantorrilla. Las piernas están cubiertas por medias blancas que se sujetan bajo la rodilla con un cordón o "atador"; estas medias no cubren el pie, y por lo que se puede apreciar terminan en el tobillo, sin sujetarse por debajo del talón.



Figura 8. Biblioteca Nacional, Madrid.

Muy significativo es el tocado del hombre que va sentado sobre la mula, ya que se trata de una gorra llarga o modalidad de barretina, usada en otros tiempos por amplias zonas del Pirineo, esencialmente en el área de Ribagorza por lo que se refiere a Aragón (15); se ha coloreado en rojo, por lo que la podemos identificar con la gorra roja, más característica de los jóvenes, siendo la musca o morada propia de los varones de edad avanzada.

Poco podemos decir del modo de vestir de la mujer: cubre su cabeza con un pañuelo rojo, luce sobre el torso un jubón marrón oscuro y un pa-

ñuelo o mantón crudo o blanco sobre los hombros; la falda es de tono claro.

Contamos con un testimonio escrito que nos refiere la dureza de la actividad ejercida por los personajes que acabamos de ver y que a la vez nos describe una de las indumentarias más peculiares de nuestra tierra, la del valle de Ansó:

Los contrabandistas de Echo, Ansó y de Canfranc acuden a diario (al valle francés de Aspe) en caravanas, hombres y mujeres que aguantan si es preciso una jornada de veinticuatro horas a un paso más ligero que el de sus mulas, sin otro reposo que el imprescindible para cambiar en Francia los odres de aceite por fardos de tela de ruán y sacos de bacalao. Algunos de sus trajes datan de época del rey godo Favila. Los de las mujeres de Ansó, por ejemplo. Un ligero corpiño que va unido dos o tres dedos por debajo de los omoplatos a una falda amplia de sarga verde, amarilla o azul; cualquier forma de la misma queda oculta por los pliegues que la adornan. Una gorguera de tela de cáñamo no muy fina, decorada con puntillas delicadas, cubre el cuello y las orejas, llegando casi a la altura de las sienes. Los cabellos van recogidos en la parte de atrás de la cabeza; las mangas de la camisa, o bien dejan el antebrazo al descubierto, o bien se prolongan en forma de chorreras plisadas, que una gorguera fija a la muñeca. Así es el traje de la ansotana, que asemeja el vestido de las dueñas del antiguo teatro clásico español (16).

Este texto de 1846 nos proporciona una sucinta y estupenda descripción del traje usado a diario en Ansó hasta no hace demasiados años. Sorprende la mención a los colores amarillo y azul en la confección de las basquiñas, ya que solamente han perdurado en uso hasta la actualidad las de color verde; no obstante conocemos otras referencias a la existencia de basquiñas encarnadas, así como al uso del color azul para el luto en esta localidad, pero es la primera vez que recogemos el color amarillo para la citada prenda. Por otra parte nos parece exagerado remontar la antigüedad de estos vestidos hasta el siglo VIII, con tanta precisión, aunque está aceptado de modo generalizado el origen medieval o renacentista de los mismos por su estructura talar.

De dos años antes data el testimonio de J. M. Quadrado:

Un monumento más duradero conservan aquellas quebraduras pobladas de hayas y abetos, surcadas por doquiera de torrentes, guarida de fieras y de venados y es la sencillez de sus habitantes, el antiguo sabor de sus usos y hasta la singularidad de sus trajes, rayos nacionales cuya conservación es más de admirar en semejante país por su proximidad y comunicación con Francia. Diríase que

al abrigo del nevado muro que de ellu les separa, se preservan del contagioso soplo de novedades que ejerce sus estragos más adentro de la península. Entonces se da su valor debido a las desmesuradas gorgueras que a manera de concha hacen resaltar el tostado rostro de las montañesas de Hecho, y las mangas de su camisa plegadas como sobrepelliz, y a sus sayas siempre verdes prendidas debajo de los sobacos, y a la corona de pelo trenzada en torno a la cabeza de las Ansotanas, que atan las solteras con cinta encarnada, y con cinta negra las esposas y viudas, y a la retorcida punta de sus gruesas abarcas; ... (17).

Curiosa diferenciación en el color de la cinta con que cubren las ansotanas los "churros" de su peinado, establecida dependiendo del estado social de la mujer. La idea más difundida hasta ahora es que el color encarnado para el pelo se disponía en los días festivos u ocasiones especiales como la boda y otras ceremonias, reservando los colores oscuros para uso diario. Sin duda, la realidad sería una conjunción de ambas circunstancias.

Ofrece este texto también, una breve evocación de las peculiares abarcas usadas y fabricadas en Ansó, confeccionadas en rígida piel, que al ir totalmente fruncidas presentan la punta delantera levantada y muy curvada; las usaban tanto las mujeres como los hombres.

Desde el vecino valle de Hecho, cuya forma de vestir femenina ya ha sido esbozada por Quadra, bajaban hasta las Cinco Villas cuadrillas de mujeres para trabajar algunas temporadas del año. El texto que sigue a continuación se localiza en Sádaba, en el verano de 1800:

Descienden todos los años a esta parte de Aragón muchas mujeres de la villa de Hecho. Van en grupos a la llanura para explotar la linaza y realizar la recogida de las olivas, lo que puede durar dos meses. Pasado ese tiempo, vuelven a sus respectivas casas llevando a sus maridos el producto de su trabajo. El vestido de estas mujeres es especialmente singular. Su corpiño y su falda forman una sola pieza, aunque de diferentes colores. Se le llama sayullo. Llevan además una gorguera alrededor del cuello y una "colorete". Su forma de desnudarse es muy simple: consiste en suspender el extremo del corpiño de un gancho unido a la pared y pasar por debajo, lo que se hace en un instante. Portan además tres o cuatro pequeñas cadenas de latón, hilo de hierro o cualquier otro material, unidas conjuntas y colgando de su pecho y en cuyo extremo está suspendida una gran cantidad de retratos de santos, bien en medallas de cobre o de plata, según sus facultades y su devoción (18).



Figura 9. Biblioteca Nacional. Madrid.

Si bien no nos facilita una detallada descripción de las prendas femeninas chesas, estas líneas sí nos dan algunos aspectos muy peculiares de las mismas. Por un lado la denominación en cheso de *sayullo* para la basquiña y por otro la original y práctica forma de desprenderse de tan pesado ropaje, de manejo enormemente incómodo. También es destacable el aprecio de estas mujeres por la *carraza* o conjunto de cadenas de las que penden cruces, medallas, relicarios, vírgenes, etc. y que disponen sobre el pecho; tanto es así que no se desprenden de ella ni siquiera al ir a trabajar.

J. G. St. Sauveur (19) nos proporciona dos grabados —figuras 9 y 10— y el siguiente testimonio acerca de la indumentaria de nuestras gentes:

El vestido de los Aragoneses anuncia más la indigencia que la sencillez: un gran bonete doblado les cubre la cabeza, y está adornado con bandas o tiras de lana; su jubón sencillo y sin adornos está abierto en los lados; una capucha cuelga sobre la espalda y se levanta alguna vez sobre la cabeza; unas pantuflas o zapatillas recortadas y sujetas con correas, forman su calzado.

El vestido de las mujeres es igualmente simple, pero más agradable; un corpiño cuyas mangas re-

forzadas son de color chillón, el faldón largo, el talle estrecho, el escote de la camisa abotonado sobre el pecho, una gorguera plisada y levantada alrededor del cuello, este es el indumento de una Aragonesa.

Incluimos aquí, en la zona pirenaica, estas imágenes a pesar de estar tituladas "Hombre de Aragón" y "Mujer de Aragón" ya que prácticamente copian grabados de otros autores anteriores como son Juan de la Cruz o Devere, quienes localizan a su campesina en el valle de Jasa y al hombre en la comarca de Jaca.

La indumentaria de la mujer responde al modelo talar que hemos visto en los vecinos valles de Ansó y Hecho, aunque en este caso no cae desde el pecho hasta los pies, sino que ciñe notablemente el talle, marcando así la cintura y las caderas. Se ha coloreado el torso o parte superior de la basquiña en tono rosado, mientras que la falda es de color azul claro con tres estrechas bandas encarnadas en su parte inferior. Esta diferenciación de colorido parece indicar que son dos prendas independientes, es decir, un justillo y una falda; sin embargo, los trazos del dibujo muestran que en realidad se trata de una sola prenda: por un lado los pliegues de la cintura no marcan una costura y, por otro, la abertura del justillo, cerrada mediante un cordón, se prolonga unos 20 cm. por la falda, lo que no deja lugar a dudas sobre la unicidad del vestido. Conocemos un total de cuatro ejemplares de este grabado y cada uno de ellos está coloreado de modo diferente, incluso en uno de ellos ambas zonas son del mismo color, por lo que hemos preferido guiarnos por las líneas del dibujo a la hora de analizar las diferentes prendas, ya que el colorido es aleatorio. No obstante, queremos dejar constancia que el ejemplar que presentamos en este trabajo no ha sido coloreado en época reciente, sino que se ofrece tal como lo vemos inserto en el volumen original, conservado en la Biblioteca Nacional.

Otros aspectos destacables del vestir de esta mujer y que vuelven a recordarnos a las de Ansó y Hecho son la camisa de mangas abullonadas y gran cuello de gorguera con puntilla, el uso de manguitos ciñendo los antebrazos y el adornarse con medallas y cruces pendiendo del pecho. Calza abarcas de piel que se han coloreado en amarillo; las abarqueras forman un dibujo estrellado en la zona del empeine y se atan al tobillo en un lazo.

Por lo que se refiere al hombre, luce un bonete o gorro blando sin ala y adornado con bandas, de lana según St. Sauveur, dispuestas verticalmente y en las que se aprecian varios botones; este tocado se ha coloreado en azul marino, con las bandas amarillas. La camisa va cerrada mediante un cuello de tirilla; sobre ella lo que el autor llama

un "jubón", abierto en los lados y dotado de capucha, que descende casi hasta las rodillas, donde terminan los calzones que se aprecian por debajo. Calza abarcas de piel abiertas, con abarqueras rojas que desde el empeine ascienden por la pierna, cruzándose en aspa; unas medias le cubren hasta media pantorrilla.



Figura 10 Biblioteca Nacional, Madrid.

Nuevamente el coloreado del grabado nos plantea algunas dificultades para la correcta identificación de las prendas. En primer lugar vemos que las mangas que sobresalen del jubón se han coloreado en rosa, por lo que entre éste y la camisa habría otra prenda, a la que corresponderían esas mangas. En segundo lugar, St. Sauveur menciona una única prenda exterior, el jubón, pero en el grabado se ven dos: el jubón, de color marrón, y una especie de capa, de color azul.

Mientras viaja por las cercanías de la Sierra de Loarre, dirigiéndose a la pequeña localidad de Anzánigo, un viajero inglés nos describe así a un compañero de viaje en 1898:

El hombre que está junto a mí (ahora estoy en la imperial de la diligencia) lleva un pañuelo de cabeza morado con un dibujo rojo en él, una banda morada o faja, unos calzoncillos de lino sobresalen bajo los pantalones de paño, en la rodilla,

cuyos lados están cortados y atados con cintas. Medias de estambre azul, una camisa de estambre marrón cubierta por un escotado chaleco y dos blusas o chaquetas con rayas azules. En los pies lleva alpargatas... (20).

Tras pasar por Jaca, se dirige a Biesca y Poli- tuera; recorriendo esa zona introduce este comentario:

Continuamente pasa algún aldeano, unas veces andando y arreando a un mulo perezoso o so- ñoliento asno, otras, silencioso e inexpressivo, car- gando un pesado fardo sobre sus espaldas. Una faja morada y un pañuelo de cabeza rojo les dis- tinguen a lo lejos en el camino, más de cerca todos llevan un paraguas de algodón verde, en perpetua prevención de la lluvia (21).

Nos desplazamos a continuación más hacia el Este, concretamente al valle de Broto, de donde Three Waifurers nos facilita un encantador gra- bado del baile que los lugareños realizaron en ho- nor de los viajeros —figura n° 11—; acompaña esta imagen con el siguiente texto:

En Torla, Fanlo y Broto no hay posadas, pero no debe preocuparse uno por ello: seréis bien alo- jados y bien atendidos. La rutina es la siguiente: os reciben en la mejor casa del lugar como a un huésped respetado y esperado; si es de noche, qui- zás en un pasillo débilmente iluminado por anti- guos candiles; la familia se congrega a vuestro al- rededor; os ofrecen chocolate y limonada, a cam- bio vosotros les rogáis, con vuestro mejor castella- no, que acepten vuestros cigarros, y luego fumáis todos la pipa de la paz. Las mujeres charlan y ad- miran toda novedad en el traje que lleváis puesto, mientras los hombres fuman en profundo silencio, observándoos entretanto sus ojos relucientes. Has- ta aquí la reunión se parece a la de los indios de Norteamérica, descritos por Cooper. A la media hora, entran más hombres y mujeres, vestidos de fiesta y provistos de instrumentos musicales, so- bre todo guitarras. Todos los ojos se fijan en voso- tros buscando averiguar si el improvisado baile que esta amable gente os ha preparado para di- vertiros os resulta una sorpresa agradable; luego viene una explosión de alegre y animada charla; la habitación más grande se llena rápidamente y se os escolta hasta allí; los otros llevan antorchas, candiles y guitarras. Generalmente los muebles son antiguos y pintorescos, y quizás haya una pe- sada cama con columnas de madera en las esqui- nas, talladas con adornos originales ya carcomi- dos, y doseles profusamente dorados en donde cuelgan cortinas tapizadas que se van haciendo pedazos desde hace mucho tiempo. Media docena de hombres toman asiento en el sofá y atacan una enérgica melodía en tres tiempos, al principio en una clave menor; luego la acompañan con sus vo-

ces gesticulando intensamente y moviendo frenéti- cos sus manos sobre las cuerdas de las guitarras; lo que dicen parece ser una incitación o un desa- fio; tres o cuatro parejas se ponen de pie de un salto y comienzan un verdadero fandango, cuyos movimientos son recatadamente imitados por Pascualita en un rincón apartado.

No hay baile que permita una más perfecta re- presentación dramática que éste; el agraciado abandono de los hombres y la cantidad de coque- tería que las mujeres se esfuerzan en poner, siem- pre refrenada por un **retenue** y un orgullo pura- mente español, lo hacen uno de los más elegantes y encantadores. A éste le siguen valeses, boleros, canciones, etc.; circula el vino, las mujeres salen al balcón para tomar el aire y también quizás pa- ra permitirse el lujo de un cigarrillo (22).



Figura 11

Nos introducimos en este alegre ambiente pa- ra ver la indumentaria de la gente de este valle en 1853, “vestidos de fiesta”, y para ello nos va- mos a servir también de un segundo grabado —fi- gura n° 12— perteneciente a la misma obra.

Las mujeres cubren la cabeza con un pañuelo que anudan bajo la barbilla o bien en la zona de la nuca, dejando en ambos casos la punta de atrás suelta; parece que la segunda opción es más propia de las mozas jóvenes, reservándose la primera para mujeres de cierta edad. En el torso lucen camisas de abullonadas mangas y cuello posiblemente redondeado; encima, justillos de co- lor oscuro que ciñen el talle, ribeteados por una banda clara y, montando sobre la falda, un pe- queño faldón que en algún caso es almenado. En la escena del baile, en el extremo derecho, una mujer madura luce un jubón de manga larga, en tono oscuro, en lugar de justillo. En todos los ca- sos, sobre los hombros han dispuesto pequeños mantones o pañuelos doblados en pico que llegan hasta la cintura; por delante se cierran sin dejar ningún tipo de escote, por lo que la unión de las dos puntas descende recta desde el cuello hasta

la cintura. Las faldas cuentan con numerosos frunces en la cintura, adquiriendo así gran volumen; son largas hasta por encima de los tobillos.

Los hombres visten con camisa de mangas abullonadas y pequeños cuellos de pico; alguno de ellos luce encima un chaleco oscuro y todos ciñen la cintura con faja. Los calzones son negros y muy ceñidos, cerrándose a la altura de las rodillas con botones. Calzan alpargatas y cubren las pantorrillas con medias e incluso con polainas. Intencionadamente hemos dejado para el final dos particularidades de estos varones que nos llaman la atención: la profusión de pañuelos que a modo de corbatas se acomodan por debajo de los cuellos de la camisa para cerrarla, y la disposición de los pañuelos coronarios, enrollados alrededor de la cabeza como una banda, sin anudar. Un único personaje, en la figura 12, se toca con sombrero, sobre el pañuelo; se trata de un modelo de rodina adornado con dos madroños, muy similar al que luce el guía de la figura 7.



Figura 12

Recorrimos de nuevo al viaje que por Aragón realizó J. Branet, para trasladarnos a las zonas más orientales de nuestra región, de donde nos proporciona información más bien escasa. En las cercanías de Roda de Isábena y tras perderse durante la noche, llega a una casa de pastores el 19 de agosto de 1798; en estas circunstancias incluye una única y poco significativa referencia a la indumentaria femenina:

Apenas subí la escalera ví en una gran sala una vieja mujer cubierta con un refajo de paño grosero y con la cabeza envuelta por un sucio pañuelo que le servía de cofia (23).

Mientras permanece en Roda, Branet lamenta la condición de sus ropajes:

Aunque mis calzones no estaban en un estado envidiable, mis zapatos habían adoptado la for-

ma de unas pantuflas y mis vestidos estaban rotos, un gambeto, especie de levita de paño grosero, de color capuchino, me cubría enteramente tan bien como lo harían al zar Pedro las pieles de marta cibelina (24).

Al mencionar estas palabras, hace siete años que este sacerdote está en España, y como él mismo dice ya se ha aclimatado al país. Así adopta en su indumentaria una de las prendas de abrigo más características de la zona pirenaica, el gambeto, usado habitualmente por los pastores; en la exposición etnológica permanente de San Juan de Plan se conserva un ejemplo de dicha prenda, consistente en un abrigo largo, realizado en estameña marrón y que se ata con un solo botón en la parte alta, a la altura de donde debería ir el cuello, no contando tampoco con solapas.

Posteriormente este autor se traslada a Monzón, localidad en la que permanece desde noviembre de 1798 hasta abril de 1800. Allí tendrá oportunidad de comentar cómo se amortajaban en esas fechas los aragoneses:

Aquí, como en otras zonas, todo el mundo se hace enterrar con hábito religioso, los hombres con hábito de franciscano, dominico o capuchino y las mujeres en hábito de religiosa. Todos han sido descubiertos llevando sobre el pecho la bulla de la Cruzada (aún es costumbre en España adquirir una bula que bajo ciertas condiciones asegura diversas indulgencias). Mi mesonero, que murió y al que asistí en sus últimos momentos, quiso el hábito de un franciscano (25).

Esta costumbre de amortajar con prendas religiosas desaparecerá con el tiempo, de modo que a lo largo del siglo XIX la gente será enterrada con sus mejores galas, reservándose frecuentemente el traje "de casar" para dicha circunstancia.

Terminaremos este recorrido por la provincia de Huesca recogiendo varias referencias a la comarca del Bajo Cinca, primera zona a la que arriban los viajeros procedentes de Cataluña, versando sus comentarios normalmente sobre las diferencias que existen con la indumentaria usada por los catalanes.

En 1837 Charles Didier nos da además una descripción del uniforme de los miñones:

La plaza de Fraga está ocupada por una compañía de miñones, especie de antigua gendarmería encargada de la vigilancia de los caminos y la persecución de ladrones. No es allí donde debimos encontrarlos. Su brillante uniforme, traje rojo y faja azul, contrastaba fuertemente con los tonos oscuros de esta ciudad ahumada y con el día lluvioso.

Aquí el vestido cambia como la naturaleza: a la gorra y a la manta rayada de los Catalanes les sucede el sombrero redondo de alas anchas y el largo manto pardo de los Aragoneses (26).

Volvemos a encontrarnos con los grandes sombreros circulares de ala ancha y las mantas que vimos en los contrabandistas pirenaicos; en esta ocasión son vistos como prendas características de nuestra tierra, distintivas de la indumentaria aragonesa.

Unos años más tarde Louis Teste menciona únicamente la manta cuando entra en Aragón procedente de la población leridana de Almacellas:

Pobres diablos campesinos, plegados en sus coberturas, andan errantes con los pies desnudos, la nariz al viento (27).

Más explícito es Joseph Townsend en su viaje realizado en 1786-1787:

A cada paso tiene una constancia de haber entrado en otro reino. Ya no se ven la gorra colorada y los calzones de pana negra, sino un gorro de terciopelo negro, acabado en pico como una mitra, y unos calzones blancos y cortos denominados bragas, que llegan algo más abajo de medio muslo (28).

Se menciona en esta cita un tocado que por su descripción recuerda en gran medida el que aparece en las figuras 3 y 4, siendo la única referencia al uso de este tipo de sombrero en esta zona, donde sí se ha constatado la utilización de modelos de alas anchas, de copa alta y del llamado "de Sástago".

Por lo que se refiere a los calzones denominados *bragas*, no son otra prenda que los también llamados *aragüells* en Fraga: especie de calzoncillos exteriores, bastantes amplios, similares a los que se usan en regiones valencianas, posiblemente de origen morisco y que están confeccionados en cáñamo o lino blanco; es una prenda de verano característica del huertano que, con el discurrir del tiempo, irán alargándose hasta llegar a media pantorrilla. Un ejemplo del uso de estas *bragas* puede verse en la litografía titulada *Fraga*, realizada por F. J. Parcerisa (29).

NOTAS

(1) LABORDE, Alejandro: *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo. Traducción libre del que publicó en francés Mr. Alejandro Laborde en 1809*. Valencia, 1816. p. 276.

(2) FORD, Richard: *Manual para viajeros por el reino de Aragón y factores en casa*. Ediciones Turner. Madrid, 1983. p. 13.

(3) QUADRADO, J. M.: *Recuerdos y bellezas de España*. Edición facsímil del volumen dedicado a Aragón, Zaragoza, 1974, pp. 5-6.

(4) GUIMET, Etienne Emile: *A travers l'Espagne. Lettres familières des post scriptums en vers par Henri de Riberolla*. Chez Charles Méra, Lyon, 1862, pp. 102-103.

(5) BELTRAN, Antonio: "Sobre el traje popular aragonés" en *Revista Andaluza* n.º 358, Zaragoza, 1982. p. 19: "Indumentaria y adorno" en *Enciclopedia Temática de Aragón*, tomo I. Folklore y música. Ediciones Moncayo. Zaragoza, 1986, p. 29.

(6) DAVILLIER, Carlos: *Voyage en Espagne*. Hachette. Paris, 1874. p. 880.

(7) TAYLOR, J.: *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la cote d'Afrique, de Tanger a Tetouan*. Librairie de Gide-fils, Paris, 1832, sin paginar.

(8) DEMBOWSKI, Charles: *Deux ans en Espagne et en Portugal pendant la guerre civile. 1838-1840*. Librairie de Charles Gosselin. Paris, 1841, pp. 3-4.

(9) CUBENHAS, Manuel M. y FEREAL, V. de: *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Moeurs, usages et costumes*. Librairie Ethnographique, Paris, 1848, p. 1.

(10) *Ibidem*, p. 5.

(11) THRELL WAIFARERS: *Roadside sketches in the south of France and Spanish Pyrenees*. Londres, 1854. Estos grabados nos han sido facilitados por Marcos Castillo Monsegur a quien agradecemos sinceramente desde aquí su amable colaboración.

(12) CASTILLO MONSEGUR, Marcos: *XXI viajes (de europeos y un americano, a pie, en mula, diligencia, tren y barco) por el Aragón del s. XIX*. Diputaciones de Zaragoza, Huesca y Teruel, Zaragoza, 1999. pp. 81-83.

(13) Para obtener más información sobre este tema, ver R. ANDOLZ CANFLA: *La aventura del contrabando en Aragón*. Miza Editores S.A., Zaragoza, 1988.

(14) *SOUVENIRS DE PYRENEES. Vues prises aux environs des eaux thermales de Bagnères de Bigorre, Bagnères de Luchon, Cauteretz, Saint Sauveur, Barèges, Les eaux bouillies, Les eaux chaudes & Pau*. Imp. Lemercier, Paris, sin fecha ni paginación.

(15) VIOLANT I SIMORRA, Ramón: *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Editorial Alta Fulla, Barcelona, 1985. pp. 105-106. La primera edición de esta obra data de 1949.

(16) D'YLAUX, Gustave: *Aragón visto por un francés durante la primera guerra carlista*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1985. p. 16.

(17) QUADRADO, *op. cit.*, p. 189.

(18) BRANET, Joseph: *Journal d'un prete refractaire réfugié en Espagne (1791-1800)*. Imprimerie T. Cocharaux, Aux, 1927, pp. 162-163.

(19) SAINT SAUVEUR, J. G.: *Encyclopedie de voyages contenant l'abrégé historique des moeurs, usages, habitudes domesti-*

ques, religions, fetes, supplics, funerailles, sciences, arts et commerce de tous les peuples. Paris, 1796, pp. 3-1.

(20) HUNTINGTON, Archer M.: *A note-book in northern Spain*. Nueva York y Londres, 1898, pp. 182-183.

(21) *Ibidem*, p. 193.

(22) CASTILLO MONSEGUR, *op. cit.*, pp. 92-93.

(23) BRANET, *op. cit.*, pp. 135-136.

(24) *Ibidem*, pp. 140.

(25) *Ibidem*, pp. 148-149.

(26) Charles DIDIER : *Un année en Espagne*. Librairie de Dumont, Paris, 1837, p. 81.

(27) Louis TESTE : *L'Espagne contemporaine. Journal d'un voyageur*. Librairie Gerner-Baillièrre, Paris, 1972, p. 227.

(28) Ian ROBERTSON : *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España. 1760-1855*. Editorial Nacional. Madrid, 1976, p. 70.

(29) QUADRADO, *op. cit.*



PRESENTACION

Esta representa la primera entrega de una serie sobre la que me encuentro trabajando hace ya años. Es un sueño, una vieja inquietud, de autoafirmación de mis raíces. Cuando regresé del extranjero en 1985, donde me desempeñé durante 25 años, me quedé gratamente sorprendido de encontrar a alguien como J. L. Alonso Ponga (con quien recuerdo haber tenido una breve conversación), y Joaquín Díaz, interesados en lo «nuestro».

Para ese entonces, en el momento de ese primer contacto (al que me había dirigido mi entrañable amigo César Hernández Alonso), ya obraba en mí poder un buen acopio de cintas grabadas con mis gentes en mis pueblos del Bierzo Alto. Avatares de la vida me impidieron sentarme, en esos momentos, a procesar todo este tesoro escondido. Pero creo que ha llegado la hora de abrir los precintos de esa vieja caja de cartón y resucitar a mis muertos. De ella espero que salgan (al rebobinar la película de tantas horas de conversación, cómplices de reuniones, «familiares» por lo entrañables) alborotados torrentes de palabra leonesa no fácil de conseguir ya.

Mi propósito es sacar a luz pública, en una secuencia, que bien se puede titular *Lengua y tradición del Bierzo Alto*, el material contenido en una serie de grabaciones de entrevistas, fruto de viajes y más viajes por los pueblos bercianos comprendidos entre el río Tremor y el Sil; pueblos olorosos a trabajo agrícola y montaraz, mezcla de mito, de leyenda, de religiosidad y de terruño, en los que pulula un componente humano subyacente con sabor a bruma agreste y a sarcasmo bastante primitivo y socarrón.

Los textos que iremos encontrando no son otra cosa que una tradición hecha palabra oral, viva, mi primera palabra, que, sólo deformándola, devaluándola mucho, es susceptible de ser conservada. Pero creo que merece la pena ese holocausto de resurrección.

En cuanto al contenido, los textos que presento se encuadran en el marco de la temática de los ramos ya publicados, pertenecientes a otras regiones. De modo que la originalidad consiste en la recolección y publicación de textos orales no reseñados todavía en la literatura existente sobre el tema. La recreación que de ellos se hacía en cada pueblo del Bierzo Alto es lo que hace que la constante de

tradición se diversifique en cada muestra, de modo que todas las manifestaciones sean diferentes, como diferente es cada instante que pasa, cada persona que hace historia y cada ingenio popular que quiso y supo dejarnos la huella de nuestro pasado en su creación.

Por lo que respecta a la forma de manifestación lingüística, voy a poner un celo especial en conservar la forma original, que es mi lengua de infancia, con acotaciones oportunas, explicativas del sentido de algunos elementos léxicos y sintácticos de dudosa comprensión, en espera de un nuevo estudio dialectológico que ya tenemos proyectado. La lengua es la que echamos de menos en la bibliografía consultada.

No pretendo en modo alguno, al menos por el momento, hacer un estudio analítico del género o géneros literarios a que pertenecen o del que pueden derivarse. Considero que muy bien puede llenar este vacío la bibliografía ya publicada, sobre todo la encomiable obra de los autores ya mencionados.

Es mi intención ponderar sobre todo los entresijos poco o nada tocados del léxico, de la sintaxis y de las estructuras que sirven de soporte a una gran riqueza idiosincrática que, por suerte, me tocó vivir hasta cerca de los quince años. En esa lengua conocí la visión del mundo y de las cosas, mundo y cosas que me devuelven los textos de los ramos que ahora intento dar a conocer. Se trata de un mundo de montaña de urces y rebollas, de hadas y duendes sólo visibles a los suyos, de sudor, de frío, de nieve, de «lleras» y «llastras», aridez convertida en cosecha de pan y de ganado. Desde ahí precisamente se ha de hacer la interpretación de nuestros ramos, en una semántica profunda a la que no es fácil llegar, porque en ella se encuentra la savia de lo berciano: cabras y «uveyas» que conviven con los «llobus», hombres de piorno y de urz, de huerta, de roca y de braña.

Empiezo por ofrecer las representaciones de mi pueblo natal Quintana de Fuseros, sencillamente porque es lo que mejor conozco, un material de primera mano, objeto de vivencias personales en la casa y en la calle. En esa mi vida inicial, era todavía de dominio común la coplilla autodescriptiva de mi recortadito tío Lasho (1): «*póngase la gente / póngase bien alta, / la que sea baja / que busque una banca*». Ahí estaba en cada faena y en cada palmo de tierra al lado de cada «pareja» o yunta de

labranza la figura del mozo de la Adoración de los Reyes, «...Quicu, 'l Cascallana,... pu la iglesia arriba, cumu haciendu caminu con la aguihada en la manu», en el curioso diálogo con Pepón, el «Curnoque»:

—*Quico:*
Apártame bien la gente,
nu lu tengas a pereza;
cun esas patas tan llargas
pareces la deligencia.
—*La gente ya stá apartada.*
S'algunu n'ha ubedecidu,
séñame lu, Alcurnoque,
que lu picu nu fucicu (2).

Es decir, dime quiénes son los remisos a abrir camino (para que pase el cortejo de doncellas), que los pincharé con el agujón de la aguihada, y verás cómo se apartan.

La esencia arquitectónica o construcción hipertextual de estas representaciones estaba perfectamente conservada por la tradición, así que me confiesan que les costó muy poco reactivarla y ponerla en escena. Incluso es posible constatar el origen de alguna pieza como la estructura y texto de la «manda», que el informante ML nos documenta (en forma perfectamente razonada) hacia finales de 1700 o primeros de 1800. De esa tradición la aprendió él y me la enseñó a mí, tal y como aparece en esta edición. Aunque el texto no es mío, sino del propio ML, que estuvo implicado en el acto. *La volveremos a encontrar en el ramo de El Valle, a donde es más que probable que la haya llevado el Sr. José Segura, oriundo de Quintana, quien (según atestigua la Sra. Lucrecia) «Nus lo dio escrito en un papel».*

El ramo de Quintana de Fuseros, que ofrecemos en esta entrega, hay que entenderlo más bien como *representación de ciclo*, compuesta por tres piezas, alusivas a las tres festividades del Ciclo de Navidad: es decir, Nochebuena, Año Nuevo y Reyes:

1) El Ramo de las mozas, que se celebró en la Nochebuena en honor del nacimiento del Niño;

2) la Mozada del día de Año Nuevo, escenificada por los mozos, y que no tenía carácter religioso; y

3) el ramo de Reyes, celebración dramática semirreligiosa, semiprofana, en la que los mozos revivían el entorno histórico de la venida de los Magos que ofrecieron dones (oro, incienso y mirra) al recién Nacido. Esta última representación, de carácter muy realista, incluye el episodio del encuentro de los magos con Herodes. Y termina con celebraciones burlescas fuera del recinto sagrado, a petición del sacerdote (unos dicen que no los dejó hacerlo dentro por el tipo de representaciones, y

otros, que fue motivado a la gran muchedumbre de asistentes que permanecían fuera porque no cabían en la iglesia). En términos de D. ML: «Aíll no faltaba nadie del pueblo. Hubu gente que hasta se meó de risa. Era cuestión de juerga. En tiempus atrás la hacían dentro de la iglesia».

Las anotaciones o comentarios que se requieran serán incluidos en cada lugar preciso. De modo que ahora pasamos a desarrollar cada una de las representaciones en forma individualizada, tal y como se dieron históricamente.

La bibliografía que adjuntamos tiene la finalidad única de completar cuestiones de orden conceptual y de fuentes para documentar conceptos y situaciones históricas de índole general que aquí no tocamos por el momento.

Vaya desde aquí el homenaje más sincero y la más alta gratitud para todos los colaboradores, informantes incondicionales, ya desaparecidos de entre nosotros, a quienes deseamos que Dios les haya concedido el premio de los justos. Son ellos: mis padres Francisco Arias Peña (*alias* Quico Furrriel) y Avelina Barredo Barredo, mi tío Manuel Ortega Rodríguez (más conocido como «Lasho»), la prodigiosa memorista señora Ana Arias Alvarez, el culto señor Miguel López García, el señor Andrés Castro Rojo («'l Pollu»), mi suegro el señor Isidro Segura Segura («Cachurre»), y los esposos Angel Molinero y Ventura García.

En el desarrollo del trabajo, con frecuencia, se van a encontrar nombrados por las iniciales del nombre y del primer apellido, de modo que FA (Francisco Arias), ML (Miguel López), AC (Andrés Castro), Ana (Ana), IS (Isidro Segura), AM (Angel Molinero) y VG (Ventura García), iniciales que nos servirán como extensión en el nombre de los documentos informatizados que conservan las transcripciones de las grabaciones.

I. QUINTANA DE FUSEROS (AYUNTAMIENTO DE IGÜEÑA). CICLO NAVIDEÑO DE 1922.

I.1. *El Ramo de las Mozas*

1. *Epoca.*

Todos los informantes coinciden en que se trata de un ramo celebrado con motivo de la Navidad. Por los datos proporcionados por Miguel López [RAMO-Q.ML], se celebró el año 1922. Lo califican como el ramo de las mozas. Según la tía Ana (3) (una de las damas participantes) [RAMO-Q.ANA], se llevaron dos ramos físicos: uno que lo llevó Avelina la del tiou Cascareiru y el otro Figenia la de Tenerós. El primero dedicado a la Reina de los Angeles, y el segundo a la Virgen. Esta informante da referencias importantes como el destino de los fon-

dos obtenidos de la venta de los ramos, que no fue otro que la compra de un belén.

...l de Figenia (4) pa la Virgen... y la Reina de Lus Angeles l'outru, l d'Avelina. Aquél yera mejor, valiou más y... ¡Tamién yera la Reina lus Angeles(5)! Y cumpreimus un naciemientu [...].

Refiriéndose a los orígenes y autoría del ramo que ellas llevaron, dice que el cerebro de la creación fue una tal Sabel, Isabel, del tiu Callatu. Pero quien se lo ensayó fue un señor apodado el Cabrilés. Por lo visto ya hacía algunos años que no se celebraba, y ésta fue la última representación, porque a partir de entonces no se volvió a celebrar. La animación surgió de varias señoras, entre las que cita a su tía (6) Saturna la del tiou Tuertu, a la tía María la Rumera y la tía Manulina. Las primeras que se animaron fueron las mozas de Fondevilla (7), y, como no era plan, decidieron que fueran todas las mozas del pueblo las que intervinieran.

En sus propias palabras: «Y la inventora... Ellas ya había díu más años... Antes diban tous los años; y después ya se dejou. Y hasta que nu fumus nusotras... Y dallí pacá, naid'ha vueltu. Y la más fuei una'rmana de... fuei d'esas del tiú Callatu, que se llamaba ella—... questuvu serviendu en Nuceda—: **Sabel, Isabel. Pus aquella Sabel [...] fuei ella la inventora** (8), la que determinou q'había (9) que dir a cantar. Y on fueun primeramente más d'una semana, más, las mozas de Fondevilla. Y nu era pian. Buenu, ya decienun que no; que tenían que sé todas las mozas, que se no... Y a avisalas a todas». (RAMO-Q.ANA).

El proceso de preparación era celosamente cuidado, de modo los ensayos se hacían a escondidas para que nadie conociera ni la escenificación ni las letras, sobre todo de los dichos, antes de la representación. Era tal el celo de ocultarlos que, con relativa frecuencia, ni las mismas compañeras de representación conocían la letra. De ahí que nos cuenten que, en esta oportunidad, eligieran para los ensayos una casa deshabitada, destinada únicamente al horno de cocer el pan.

¿Nu te digu que dibamus todas las mozas pa'n casa (10) de Sara de la tía Angela —nu vivián nella— y fumus pa illí, a'nsayamus (11)..., tuavía (12) illí, hasta que l'aprendimus. Y el tiu Cabrilés, l Cabrilés —que bien sabes tú...— ¡tamién era (13)! A la una que ya era él, que tamién era así... Buenu... Y a la otra que sabía de lu d'antes, lu d'antes»...

A pesar de que afirma que se ensayaban ellas, otras informantes nos aseguraron que el tiu Cabrilés había sido el creador y el que dirigió la puesta en escena. Cuando Ana afirma que «la inventora» había sido Isabel, simplemente quiere decir que esta moza fue la animadora, la promotora, es decir, «la que determinou q'había que dir a cantar».

2. La puesta en escena.

Ya queda dicho que participaron en la obra todas las mozas del pueblo. Iban organizadas en dos filas: las mejores mozas delante y las más «rueis» (14) detrás. Los cantos se acompañaron con panderetas y castañuelas. «Pus después, you fui la de la pandereta», asegura la informante Sra. Ana. Entre las de las castañuelas cita a «esa Baltasara la de Patarita una, la que diba junt'a mí. Y na outra fila, era Aurora, la'rmana (15) aquí (16) de Manuela [...] ¡Unas castañulonas...!».

El lugar de la representación fue la iglesia. Y una vez terminada la «obra», se celebró la santa misa.

3. Descripción del ramo.

El ramo, según nos lo describe Ana, era en forma de una bandera: «Aquél día era de la bandera, una bandera muy bonita, qu'hicienu las mozas». De él pendían las ofrendas, que eran lo que le daba valor a la hora de venderlo. En esta ocasión, consistió entre otras muchas cosas, en manzanas y atados de hebras de lino virgen ya preparado para hilar, a los que hace referencia la ofrenda de Figenia: «Este ramu qu'aquí traigu / es de lino y de manzanas», y que nuestra informante comenta con su sagaz inteligencia: «cun aquellus... de lino culgaus, y pués (17) las manzanas de las más 'ncarnadas q'había... [a lo que colgaba de lino] llamábanye lus cerrus (18); lus cerrus que lus filábamus [las mujeres]. Puníanlus illí culgaus».

El ramo se encontraba colocado cerca del altar sobre una peana, una *pianina*, (RAMO-Q.ANA). El destino de esos donativos, como se verá más adelante, era la iglesia, las propias cantoras y el cura (19). Esto es desde luego una costumbre a la que remite la queja de Ana haciéndose eco de las críticas de las demás mujeres, porque «el señor cura» no le había repartido nada: «...on tamién envergunzonun al señor cura, que, se nu se diou cuenta u you qué [Ké] sei que m'habiáme haber dau (20) a mí de las manzanas y del pan (21)...» ([RAMO-Q.ANA]).

4. Esquema estructurante de la representación.

Este ramo que presentamos ahora se desarrolló en seis partes: 1) Entrada, 2) Licencia, 3) Canto procesional, 4) Villancicos o cantos de adoración, 5) Ofrecimientos y 6) Dichos.

1) La entrada

La cantaban a la puerta de la iglesia. «Antes l'antrada: esta yera la'ntrada". P'antrare decíamus": (canta)

*A la puerta d'este templo,
con humilde reverencia,
para cantar estos ramos
venimos estas doncellas.*

*Ofrecidos los traemos
a María Madre nuestra,
hija de Joaquín y Ana,
de misericordia llena.*

En este momento una de las mozas, acompañada de dos mozos, se acercaba al señor cura a pedir la licencia para seguir cantando dentro de la iglesia, por la que discurrían procesionalmente en fila, de dos en dos, con mucha lentitud. Este año, le tocó «demandala» (pedirla) a la propia informante, que ofreció al sacerdote un pan de tahona adornado «cun tres u cuatro» manzanas. Quico Cascallana y su cuñado se encargaban de abrirle un pasillo iglesia arriba por entre la apretujada gente, mientras protagonizaban el siguiente diálogo:

(Pepón)

*—Cascallana,
apártame bien la gente,
nu lu tengas a pereza:
cun esas patas tan llargas
pareces la deligencia.*

(Cascallana)

*—La gente yastá apartada.
S'algunu n'ha ubedecidu
séñamelu (22), Curnoque,
que lu picu nu fucicu (23).*

“Tenía una aguihada larga...! [RAMO-Q.FA]”

Así lo describe en esta secuencia la protagonista:

“Quico Cascallana, que diba cun nos, y Jusé 'l miu cuñau Curnoque. Y después de dí a [de]mandá la licencia —que you tamién fui al señor cura a pedirla cun un pan de tahona, d'aquel pan de tahona que i (24) llamaban subau— ...y dentru así las manzanas, tres u cuatro... y on tamién envergunzonun al señor cura, que, se nu se diou cuenta u you què sei que m'habíame haber dau a mí de las manzanas y del pan... Esu decíannuslu a nusoutras las mujeres, mi tía Saturna y... ¡Tamién tuvo buen... pa nu te dar nada!” Clara alusión a la costumbre, más atrás explicada, de repartirse los donativos entre las cantoras, el cura, y la devoción a la que iba destinada el ramo.

2) La licencia

En esta ocasión, el anuncio de la concesión del permiso para cantar el ramo lo da un mozo, probablemente Cascallana, en lugar de una moza, el cual se dirige a las doncellas, y les dice:

*—Ya vos traigu la licencia
para empezar a cantar.
Y mirái sí cantáis bien,
nu me dejéis a mi mal.*

Licencia que AM me dio en esta otra forma:

Mozas:

*Ya vos traigu la licencia:
ya puedes ir cantandu,
que me la dio el señor cura
que está en neste retratu.*

3) Canto procesional

Empieza a cantar la primera pareja de mozas de adelante:

(cantan)

*En esta iglesia bendita
entrad, entrad, compañeras,
tomemos agua bendita
que nos lave los pecados;
y, limpia nuestra conciencia,
podremos ir caminando.*

(Y dipués, un pasín).

*¡Qué música tan divina,
hoy por el mundo resuena!
Hoy las avecicas se alegran
con sus músicas en fiesta.*

(Repiten todas a coro, “y outru pasín, hasta que llegábamus a la degrada”).

*Y los cielos resplandecen
con sus hermosas estrellas,
que saben d'un tierno infante,
con abundancia tan buena.*

(Lo mismo, y “pasín”).

*¡Oh benditos tales padres
que tan buenos hijos crían,
que la escuela que les dieron
llegó a ser tan florecida!*

(Y “pasín”).

*A sé ministros de Diosos
y aguaciles de María.*

(“esto ya (25) pal señor cura”).

*¡Quiera Dios que muchos años
viva en nuestra compañía.*

(“Y ya s'acabou l'antrada”).

4) Los villancicos o cantos de adoración

El Villancico 1.

La informante comenta que después de la Entrada se cantaban villancicos: “Hora'mpiézase, dice, *La noche de Navidá*”: “Cuando llegueimus a la degrada, de qu'acabeimus estu (26)”. Quiere decir, que después del canto de entrada, una vez situadas junto al altar, cantan el villancico, conocido con el título del primer verso *La noche de Navidá*.

(cantan):

*La noche de Navidá
que nosotros le llamamos
la rosa más escogida
que de flores tiene el ramo,
que de flores tiene el ramo.*

*La más escogida d'ellas
es la Virgen del Rosario,
que para Belén camina
estando el tiempo tan malo,
estando el tiempo tan malo.*

*El glorioso San José
que la iba acompañando
cuando llegan a Belén
era de noche y muy tarde (bis).*

*Buscan donde recogerse
y no hallan quien los ampare
si no es un portalito,
dond'están dos animales (bis).*

*Se abrigan y se recogen
aquellos finos amantes
y eso de la media noche,
cuando mayor yelo cae (bis),
dio a luz la Virgen María,
dio a luz la Virgen María:
nació el Lucero brillante (bis).*

El señor M. López modifica un tanto la última secuencia del villancico en la forma que sigue:

*Allí parió la Virgen
un Niño que relumbraba
entr'un buey y una mula
en un pesebre de paja.
La mula comu era [mala]
le cumía la paja
y el buey cumu era buenu
al Niño Dios calentaba.*

Villancico 2

"Entonces, comenta el señor M. López, volvieron a cantar. Ellas mismas". Lo canta el mismo coro de mozas. Este informante lo titula (al igual que Angel Molinero) *El canto de adoración de los angelines*.

Canto de la adoración de los angelines.

(cantan las damas principales; las dos delantaras de la fila).

*-Ya vienen los angelines
a adorar al Niño Dios;
ya van entrando en Belén
cantando de dos en dos.*

(siguen las otras)

*las divinas alabanzas
debidas al Redentor
que por redimir al hombre
vino al mundo por su amor.*

("y pués repetían las otras").

*Vino con tanta pobreza
el Divino Salvador
que no tuvo una mantilla
para calmar su dolor.*

("y pués repetían las otras").

*Siendo Rey de cielo y tierra,
siendo Señor de señores
quiso venir a este mundo
sin grandeza y sin honores.*

En el ramo de los mozos aparece otra versión con algunas modificaciones. Nos la brindó el señor Angel Molinero.

5. Los ofrecimientos

"El de Figenia yía (27), comenta Ana":

*Este ramu qu'aquí traigu
es de linu y de manzanas;
algu poucu l'ha de ser
pa la Virgen Seberana.*

*-Cógemelaquí (28), Franciscu
y pónmelu nesaltare;
mira nu lu des flau,
qu'es muy malu de cubrare.*

Francisco, el Cascallana, que seguramente actuaba como Mayordomo o Tesorero. Esto parece tener que ver con el oficio de mediación "entre el pueblo y la devoción" de que habla L. A. Ponga (1986:47).

"Y el d'Avelina es:

*A la bendita Patrona
le venimus a utrecere
este ramu qu'aquí traigu.
¡Algu pocu le v'a sere.
Algu poucu le v'a sere,
nus l'han dadu las linares (29).
Todu nus lu ha causadu
lus hulgazanes de lus padres.
Se para'l año que viene
nu se nus portan mujori,
cugeremus el purtante
(¿El trasatlántico?, ¿el transporte?)
y'iremos a Nuvayore.*

"Y marchouse. Fuei vördá que marchou aquel año..." Se fue para Buenos Aires, según comenta en otra parte.

6) Los dichos

Los dichos, con frecuencia, consisten en una especie de chascarrillos que tematizan acontecimientos populares, graciosos o lamentables del dominio de todos los asistentes. La condición de la pura actualidad y la adecuación exacta a los hechos o a las personas, la retrata nuestra informante con una

expresión, para nosotros inmejorable: A los personajes que servían de referencia para los dichos “ya los buscaban cumu tenían que ser”, es decir, trataban de buscarlos adecuados al momento.

De ahí que puede ocurrir que algunos digan muy poco o nada a los lectores descontextualizados. En ocasiones, como el caso de Encarnación —que resulta ser mi tía (la hermana mayor de mi padre)— el dicho es de carácter realista, y resulta elocuente por sí mismo: más que un dicho, es una petición o plegaria. Me lo dio la señora Ana, que me dijo: “El de *tu tía Encarnación* (30) es muy bunitu también”.

Decía ella:

*Entre yo y mis hermanitus
luegu (31) quedemus sin madre.*

*¡Gracias al Rey de los cielos
y a nuestro queridu padre (32)!*

*Hermanus míus del alma,
vamus a pedir a Dios
que lu deje muchus años
para que viva cun nos.*

Uno de los que entraña la chispa y el gracejo popular de la crítica y del sarcasmo tanto de la persona que lo llevaba (al parecer una de las mozas, mental y físicamente menos agraciadas, a juzgar por el comentario de la informante), como del tema, fue el de una de las integrantes, llamada Baltasara: “Cunque, vien (33) Sara la Manulaca. Y era la última fila. Esa diba na última: ‘las más rueis diban pa la fila d’atrás! ¡Hombre! el demoniu! (34).”

“Diju ella [Sara]:

*Nu se rían los señores
porque vivu a la fundada (35).*

Illi tengu de vecinu

al Cristu de la Cabaña (36).

Alli’stá (37) solu; naide lu va’vesitari.

*¡Se diera vinu y tabacu,
cuántus irián a rezayi (38)!*

Tiene un interés extraordinario el comentario de nuestra informante Ana: ¡“Home, y yera la verdá! Los hombres todus iguales”... Simplemente alude a la diferencia enorme que hay entre los varones y las mujeres que visitan dicha capilla del Santo Cristo de la Cabaña. A su criterio, que no era suyo sólo sino que era *vox populi*, los hombres del pueblo siempre han tenido un criterio más materialista; por eso, lo que son unos pocos, lo son todos, en virtud de una generalización.

LA MISA

Terminada la representación del ramo, el sacerdote empezaba la misa, y, después de ésta, solía

brindar a las participantes alguna cosilla (vino dulce y golosinas) en la casa parroquial.

La informante Ana sólo comentó que “La misa fuei dispués” (de los dichos esos que había referido).

A nuestra pregunta sobre el destino de los ramos, nos contestó: “Esus ramus se vendieron, hijo. ¡Y valieron muchu...!”

Dice que con lo que valían los ramos compraban cosas para la Virgen: “...! de Figenia pa la Virgen... y la Reina de Lus Angeles l’outru, l’ d’Avelina. Aquél yera mujor, valiou más y... ¡Tamién yera la Reina lus Angeles! (39). Y cumpreimus un nacimiento. Ese Nacimiento buenu lu regaleimus las mozas. Alvira (la «criada» o ama de llaves del parroco, llamado D. José el de Fuentes Nuevas) (Cf. [RAMO-Q.LSH] ‘pusu veinte durus n’aquel tiempu! Era más au’ahora veinte mil pesetas...”

NOTAS

(1) Pronúnciese [lãã], con [fricativa, palatal, sorda] como el artículo femenino inglés *she*; la *ã* tiene una realización de *u* abierta.

(2) «Aguñada», «agujada», «vara larga que en un extremo tiene una punta de hierro con que los boyeros pican a la yunta». (DRAE). La alusión a picarlos «nu lucicu» (en el bocico), se refiere al acto de picar las reses con el fin de hacerlos retroceder.

(3) Pronúnciese [ãã], sirrema compuesto por un apelativo de forma diptongada (ãã), más un nombre propio (ãã), en cuya sílaba inicial carga el centro tonal del sirrema.

(4) Pronúnciese [ldefixénã], sirrema de artículo, *l* (en forma líquida, sin la *e* inicial), más preposición, *de*, más una aféresis del nombre propio *Figenia*. En leonés del Bierzo Alto, al menos en el de Quintana de Fuseros, no existen las *e* iniciales seguidas de *l* (como por ejemplo la del artículo), de la misma manera que, seguida de *s*, se realizan como sí líquida (*star* o *stare*).

(5) Frase ponderativa, que quiere decir: ¡Al fin y al cabo, era la Reina de los Angeles! o ¡Por algo es la Reina de los Angeles!

(6) [riã], aquí es un término del campo del “parentesco”, es decir, (la hermana del padre o de la madre). El hiato, en este caso es significativo (semánticamente), y opone este término a [ãã] (en forma diptongada), que no es otra cosa que el apelativo “señora”. *La tã Ana*, la señora Ana, *ou tã Ana*; *l’ tã* o *l’ tãou lãshu*, el señor Lasho; *mi tã lãshu*, mi tío Lasho.

(7) [õõõõãã], también designado el Barrio de Abajo del pueblo de Quintana de Fuseros. *Fõõõõãã* construye con el mismo prefijo que *Fõõõõengas*, *Fõõõõããllamas*, *fõõõõãã*. Recientemente se ha puesto nombre a las calles y a las plazas del pueblo, y, con muy poco criterio, se ha deformado la realización popular tradicional *Fõõõõãã* en el «chocante» y de mal gusto “Fondo de Villa”, que aparece en un letrero que se halla subiendo hacia El Caruzal.

(8) Pronúnciese [lãmbõõõãã], sirrema de [art. fem. [lã], más sustantivo con aféresis de *r* [lãmbõõõãã].

(9) *Sirrema* [kaβía], [que+había].

(10) *Sirrema* [pankása], [para+en+casa], es un giro muy común y característico de esta variedad del leonés, que significa algo más que el giro castellano *ira casa de*; es *tr+entrar* "permaneciendo un tiempo en".

(11) El ergativo *ensayar* concentra sus funciones temáticas de agente y promotor en una: la forma refleja "ensayamos nosotras a nosotras mismas", de modo que en este giro el actante de la función sujeto es correferencial con el de la función objeto. El sentido se comprende con facilidad: para *practicar* con el objeto de conseguir hábitos.

(12) [rwaβía], "siempre".

(13) ¡Que era de armas tomar! Es decir, era lo que se dice «chao pañante».

(14) [rweís], "ruines", poco agraciadas.

(15) [larmána], estructura sirremática de [la+hermana].

(16) /aquí de Manuela/, "de Manuela la vecina". Se entiende la vecina porque en el momento de la grabación nos encontrábamos al lado de la casa de la tal Manuela, que, en efecto, era nuestra vecina.

(17) /pués/[pwés] es una aféresis de /depués/ 'después'.

(18) [θéñus], "pequeños atados de fibra ya preparada para hilar", de los que se hacen los *coños* para poner en la rueca, también se les conoce con el nombre más leonés de *cadejos*. Puede entenderse también los mismos «coños» ya listos para hilar.

(19) En ALONSO PONGA, (1986:42) se lee que «los dones ofrecidos se reparten entre las que cantan el ramo, el sacerdote, el mayordomo, y por supuesto la imagen a la que va dedicada...».

(20) [aβíamaβer dáu], "debía haberme dado". Una perifrasis de obligación construida con *haber* en lugar de *deber* o de *tener que*.

(21) Obsérvese la construcción típica partitiva con *de*: de las manzanas, del pan, «algunas manzanas», «algo de pan».

(22) [señamelu:kurnóke], sincopado de *enseñamelo Alcornoque*. Alcornoque, mote con el que se dirige a José "Pepón".

(23) [kelupíku nufuθíku], "que lo pico en el hocico" hace referencia al acto de pinchar a las reses de una yunta en el morro con el aguijón de la aguijada con el fin de hacerlas retroceder o tirar hacia atrás.

(24) [i], una forma de expresión de la variante pronominal átona de 3.^a persona *ya*. Según los contextos, se encontrarán: [yel], [yi] o simplemente [i], formas todas ellas átonas y clínicas verbales (*llamábanyí* o *llamaban*).

(25) [yá] "es": una variante formal de la tercera persona del presente de indicativo del verbo *ser*. La forma más empleada era [yía] "es", aunque esta señora emplee la forma diptongada [ya].

(26) [dekakaβéimus éşu], "después de haber terminado esto".

(27) [yía], "es". Véase más atrás, nota 25, lo que queda dicho de estas formas del verbo "ser".

(28) [koxémelakí φranθísku], "cógemelo ya Francisco".

(29) [nuslanðáðu], "nos lo han producido" o "lo hemos cosechado en la linares". *Lus Linures*, topónimo que designa un paraje que se halla contiguo al pueblo de Quintana de Fuseros, al Sur, y que se cultivaba como huertas.

(30) Otro sirrema típico leonés [tudankarnaθjón], que cubre el sintagma [tu+ña+Encarnación], en el que se observan: la desaparición del acento de *ña* con resultado de una forma diptongada y átona [ja], y la aféresis de *e* en Encarnación.

(31) [twéyu], "pronto", "desde muy pequeños".

(32) Es decir, gracias que no nos ha faltado el valimiento de Dios y los cuidados de nuestro querido padre.

(33) [βjén], "viene", "llega". Como es obvio, esta forma del verbo venir es homófona de la del adverbio *bien*.

(34) Léase como un auténtico sirrema. [omβredemónju].

(35) /fundada/, "el extremo de abajo". "Viva a la fundada", o sea, vivo al final, en la parte más baja del pueblo. Véase más atrás la nota 7, a propósito de *Fondevilla*.

(36) El Cristo de la Cabaña es una advocación a la que el pueblo tiene especial reverencia y devoción. Su festividad se celebra el día 3 de mayo. Ese día se celebra una procesión llamada la "procesión de los amortajados", devotos que se visten con "túnicas" de penitentes. El recorrido de la procesión va desde la iglesia hasta la capilla del Santo Cristo, que queda al final del pueblo y al lado del campo santo. Estos actos de penitencia responden, la mayor parte de las veces, a ofrecimientos de acción de gracias por favores recibidos; pueden responder, aunque con menor frecuencia, a actos de súplica o petición de favores. No es raro encontrar personas que hacen este recorrido descalzas, desafiando los rigores del frío y de la lluvia, nada raros en esas fechas. Los "ofrecidos" siempre dejan una donación al Santo Cristo; que puede ser la misma túnica comprada para el caso o el "alquiler" que pagan por una de las que la Cofradía tiene en existencia.

(37) Léase [alístá], con el segundo como acento principal del sirrema.

(38) Léase [reθáyi] "rezarle".

(39) Más atrás dejamos ya explicado el sentido ponderativo de esta frase.



La tensión del cambio. Conflictos generacionales en la vivencia del cambio económico de un valle altocantábrico

Ignacio Fernández de Mata

La comunidad de estudio, el valle de Lamasón (1), es una zona tradicionalmente ganadera, siendo la dedicación al ganado la base fundamental de su economía y sociedad. Situado en plena cordillera cantábrica, el valle, entendido como unidad administrativa tradicional en esta área montañesa, es en realidad una sucesión de espacios montañeses, con dos zonas marcadas: la que recibe la ubicación de seis de los pequeños núcleos poblados, con sus praderías y montes alrededor, y la zona del valle de Tanea, valle interior completamente dedicado a praderías y cuadras de alta montaña —invernales—, que nace en las faldas de Peña Sagra. Estos valles, además de una agricultura complementaria de la economía casera con dos cultivos fundamentales, maíz y patata, se han dedicado a la ganadería de la vaca tudanca, raza autóctona de la zona.

Dice el Madoz sobre este valle: Lamasón: Valle de la provincia de Santander, partido judicial de San Vicente de la Barquera. Comprende los pueblos de Sobrelapeña (cap.), Quintanilla, Río, Cires y La Fuente, que forman un ayuntamiento con jurisdicción y presupuesto mancomunado que asciende a 1000 rs., pagado por reparto entre los vecinos. Todos sus montes son comunes, con bien poca excepción. Desde el pueblo de Quintanilla, corriendo al S.O. hasta Peñasagra, hay un vallecito denominado Tanea, inhabilitado, cuyas laderas pobladas de monte de haya y roble, pertenecen a Lamasón; otro monte llamado Arria, por el terreno que radica, se eleva al N. cubierto de haya, roble, acebo y avellano; es también común al valle con la circunstancia de tener derecho los de Herrerías a la corta de madera para formar sus cabañas. POBL.: de todo el valle y ayuntamiento 124 vecinos, 631 almas. CAP. PROD e IMP (V. el art. de part. jud) CONTR.: 8.683 rs. 14 mrs.

La enciclopedia Espasa cita el censo de 1910, asignándole 995 habitantes de derecho, habiendo descendido a 949 en el momento de redacción de la "entrada". A su vez, la Enciclopedia de Cantabria, citando datos de 1984 le atribuye 530 vecinos, "a partir de 1950 ha perdido el 50 % de su población". El censo de 1991 le daba 460. En consecuencia, es uno de los términos más despoblados de Cantabria.

El pueblo donde se han situado las siguientes notas es el de Quintanilla. El valle, perteneciente a la comarca de Tudanca-Cabuérniga, limita con el Principado de Asturias por la parte nororiental del valle, con el valle de Herrerías por el norte, Rionansa por el oeste, con Cabezón de Liébana por el sur, Castro-Cillorigo al suroeste y al oeste con el valle de Peñarubia. El municipio está formado por el conjunto de núcleos o pueblos del valle:

Quintanilla, Río, Sobrelapeña (cabecera municipal), Lafuente, Cires, Burió y la Venta Fresnedo.

Nos encontramos, como señalábamos, con un núcleo de economía plenamente ganadera con una pequeña complementación hortícola únicamente destinada al servicio autárquico de la casa, que, además de las cuadras y pajares situadas en el espacio acasurado posee, en las brañas o seles, cuadras de montaña denominadas invernales, en las que también se recoge hierba y que determinan parte de los movimientos invernales del ganado consumiendo las reservas heniles almacenadas durante el verano mientras el ganado está en los puertos.

El pueblo es el primero que se encuentra si se sigue la carretera que va de Cabezón de la Sal a Puentenansa hacia La Hermita. Es el núcleo más poblado junto a Lafuente siendo, también, el que más servicios ofrece al concentrar el único bar-restaurante, una tienda de alimentación tradicional, un supermercado y un hostel.

Este núcleo presenta una alongamiento en su espacio acasurado con una línea media de unificación: el antiguo camino real, hoy carretera principal. Está compuesto por una sucesión de grupos de casas y cuadras, denominados barrios, que no llegan a mostrar una total discontinuidad espacial. La denominación que reciben es: La Horga, Orbánaja, la Concha, la Bárcena, el Pereu, Valle, el Torracu y Quintanilla de abajo.

Hay varias casonas de estilo montañés con cierto aire nobiliario en sus galerías arcadas, uso de sillar y escudos frontales, siendo la casa tradicional la que presenta la cuadra de los animales en su parte de abajo (también antes la cocina) y la vivienda en el piso superior, realizadas en piedra de mampostería y teja.

Otro de los elementos destacables del pueblo es la ermita de San Bartolo, patrón del pueblo (fiesta 24 de agosto), de pequeña fábrica y muy tradicional en su concepción, sin interés arquitectónico destacable, que está ubicada en una suerte de lugar central con respecto al conjunto de barrios que conforman el pueblo. Sobre esta zona pivotaba antaño el centro social del pueblo, sin que exista un espacio definido como plaza que así lo identifique. En este espacio que mencionamos existió una taberna-tienda y una bolera.

A la vez que la transformación socioeconómica del pueblo se fue dando una traslación de los espacios físicos. Hasta hace unos 9 años existían dos tiendas-bar que habían sucedido a la antigua, antes mencionada, sita en la Bárcena, estas dos estaban ubicadas en la Concha, y,

entre medio de ambas, perteneciente a la de abajo, había una holera. A la muerte de ambos dueños (Venancio y Miguel), la una se rehizo en otro local en la Bárcena y la otra, más fuerte y de mayor empuje, se trasladó a la parte de abajo del pueblo (Quintanilla de Abajo), y allí ubicó además el supermercado y el hostel, con lo que el centro de acción e intercambio del pueblo se ha ido desplazando paulatinamente hacia su barrio último en estos últimos años. La ermita, por supuesto, ha quedado acriollada de la zona por la que transcurre la vida del pueblo y sólo se acude a ella en el día de la fiesta.

Otro foco de atención particular dentro del valle es la iglesia de Santa María, situada en un altozano entre Quintanilla y Sobrelapeña, emergiendo con potencia sobre el resto del espacio edificado. Es uno de los elementos de identificación del valle y sobre ella flotan algunas historias a las que los informantes dan un cierto carácter mágico o misterioso muy habituales en otros núcleos: desplazamiento nocturnos de los cimientos en su momento de construcción hasta ser aceptado el "mensaje" de su cambio de ubicación, que en sus cimientos se "esconde" un templo más antiguo (evidencia de reutilización de una fábrica anterior de la que la actual muestra algunos restos románicos), etc.

En los últimos 12 años ha experimentado cambios importantes para la vida del pueblo, desde la simple instalación del alumbrado público al asfaltado de las calles y, especialmente, la concentración parcelaria, que propició la rentabilización de un espacio económico seriamente fragmentado así como dotarse de una mayor y mejor infraestructura viaria hasta el punto de que pueblos como Burió, Río y Cires consiguieran que la carretera llegara por fin a sus pueblos

Por lo que se refiere a las transformaciones económicas se ha venido produciendo un cambio en la especialización del ganado: de ser una zona tradicionalmente volcada en la raza autóctona tudanca a irse especializando en el ganado lácteo, particularmente la vaca frisona (holandesa) y la pardo-alpina (suiza) que llegó a eclipsar a la raza tradicional. Este cambio ha sido percibido por las personas más mayores como "brutal" con respecto a la lentitud y estancamiento económico conocido en la primera mitad de sus vidas.

"La mía vida cambió como nunca se había visto antes. Desde los antiguos las cosas habían sido más o menos igual, pero desde la guerra aquí todo ha cambiado una barbaridad. Hubo unos años muy malos, hasta el 55, pero luego todo cambió. El campo se mecanizó, ya nadie quiere bestias. Fíjate los bueyes tudancos, que muchos burgaleses venían a comprarlos aquí..." (Miguel, 67 años)

En este sentido, la búsqueda, el rastreo de los datos económicos me ha llevado a configurar, de algún modo, la situación actual de transformación económica como un conflicto generacional importante. Los más ancianos, acostumbrados a una "feroz" vida diaria, con un trabajo basado en unos aperos muy tradicionales y unos ritmos

de dedicación intensiva, denostan públicamente el cambio operado. A pesar de reconocer las ventajas y comodidades de la ardua mecanización que se está operando en el valle, la negación de los valores del trabajo como ellos lo conocieron, la demanda de ocio y tiempo libre, las aspiraciones consumistas y de alejamiento de la comunidad por los más jóvenes, más que en un lamento se convierten en una increpación:

"No quieren más que correrla. Y en la época nuestra no estaban así las cosas. No había con qué correrla. Sí, te ibas algo pero era otra cosa. Eso de irte el sábado al oscurecer y volver el domingo por la mañana, en la época nuestra eso no existía. Y no los llames. Venías a las dos o las tres de la mañana, y venías cansado porque entonces veníamos andando, arrancar de Puentenansa y venir aquí, acostarte un poco y al hacerse de día, te llamaba tu padre. ¡anda que vamos a segar a la Corona, o a Tanea! y había que arrancar. ¡Qué cuerpo llevabas, pero tenías que ir! Hoy no, hay que dejarlos que duerman, y encima venir en coche ya de día a casa, después hay que dejarlos todo el día que duerman. Así no fue la vida nuestra. La vida nuestra fue muy mala, muy mala. Cuando se puso buena fue ahora, ahora que ya no puedes trabajar. No hay más cojones. Si trabajas lo que trabajas, lo trabajas arrastrado". (Miguel)

Desde la introducción del ganado lácteo en el valle las estructuras sociales han cambiado mucho. No hay más que ver la enorme dificultad que representaba un inicio de vida separado de la casa paterna hace cincuenta años: acogimiento a regímenes de aparcería, trabajar de "serrón" un tiempo para conseguir una cierta liquidez monetaria, etc. Varios informantes nos contaban cómo se iniciaban antaño los matrimonios:

"¿Que cómo se iniciaban los matrimonios antes? Por medio de Miguel (otro Miguel)

p: Sí.

c: Sí, home. Era el pedir vacas en aparcería.

p: ¡Cuántos habría aquí! Se casaban y aquí no había nada, y aquí había dos o tres señores que eran ricos, bah!, ricos en aquellos tiempos en ganados y en fincas. Bueno, pues aquel hombre le daba a lo mejor dos vacas o tres en aparcería y una tierra para sembrar, que la tierra era a medias: la mitad para él y la mitad para ellos. Y un prau pa segar pa las vacas y la mitad de la hierba era pa el dueño del prau, y la otra mitad era para el que lo segaba, que las vacas también eran del dueño y que a él ¿qué le quedaba?. Lu aparcería no sé como era, no era ni a medias. A menos que mitad.

p2: Yo no sé si luego no las desempeñaba.

p: ¿Y quién desempeñaba entonces 2 vacas?. No sé bien cómo era. Yo todavía lo conocí. Si perdías una de las que te daban tenías que dejar una de las que habías criau tú para que quedara en el puestu de ella. Yo todavía conocí aquí vacas en aparcería, lo que no sé bien qué beneficios eran los que le quedaban al que lo tenía.

¿Y las crías para quién quedaban?

p: Ahí estaba el asunto.

p2: Las crías yo no sé si eran a medias.

p: Yo sé que tenías que responder al capital, lo primero. Después con el tiempo esas vacas eran pasas, si ibas ganando para desempeñarlas y después ya eran tuyas y las crías eran a medias. O sea que una vaca en aparcería que paría un jatu cuando vendías el jatu, la mitad era para ti y la otra mitad era para el dueño, al que te había dado la vaca. Yo creo que era así.

p2: Me cagüen la leche, todavía hace unos años lo había.

p: Sí, lo tenían estos, los de Prellejo, cuántos aparceros tenían...

p2: ¿Y en San Sebastián? (de Garabandal)

p: San Sebastián, medio pueblo era de ellos.

(Marcelino, Miguel y Paulino. Jubilados)

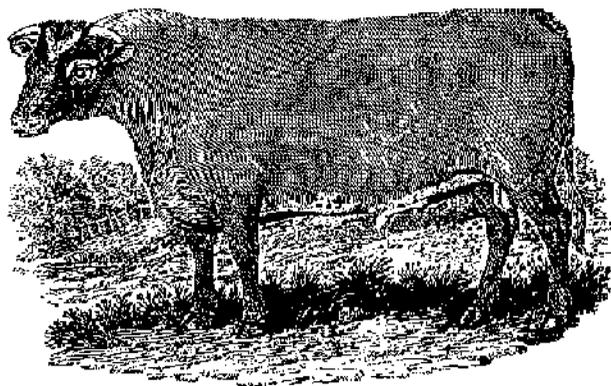
Otro:

"El del pueblo que se casaba aquí andaba mal para poder empezar. Le daba su padre una vaca y se acabó.

Yo siempre le oí a mi padre: mi güelu no tendría muchas vacas, no sé, pero se casó mi padre y le dio una vaca, una novilla que no había parido todavía. Bueno, y otra que le darían a mi madre, allá en Rfu. Y el hombre no se podía estar alrededor de dos vacas, es de comprender que no se podía estar alrededor de dos vacas. Bueno, pues las vacas, ahí las arrimó donde las de mi güelu y dos, tres, cuatro, dos, tres, cuatro, muchos años las traía ahí con las de mi güelu, mi padre le tenía que ayudar a hacer el verano, tenía que ir los días allá por linderos cuando hubiera alguna fiesta, tenía que ir mi padre de vaquero, para que el vaquero se quedara en la fiesta, para que se divertiera, y para que se las arreglara por la semana las que tenía él porque él se tenía que ir a trabajar, porque él de dos vacas no podía vivir. Tenía que ir a trabajar a donde fuera, que mi padre era cantero. Así estuvo muchos años, hasta que nosotros ya salimos y éramos unos chavaletes, y el primero que empecé fui yo, que era el mayor y me acuerdo que eran 7, y yo andaba de vaquero siendo un criu ahí riba, de unas ovejuchas, así estuve unos años. Llevábamos unos praus en renta, y mi güelu pues le había dado algún piazuco pero muy poco. Y esos praus que llevábamos en renta, después con el tiempo, eran de una señora que estaba en Barcelona, que vinieron aquí diciendo que lo vendían, y en aquel tiempo se vendía y lo tuvimos que comprar, se lo compramos en 27.000 pesetas de aquel tiempo. En aquellos tiempos era dinero... Bueno que dijeron que con el dinero no tenían prisa y pagó la mitad cuando se compró y la otra mitad a pagar pues cuando se pudiera. Y tenían un invernall allí arriba, muy alto y costoso, el prau era costoso y la cuadra estaba mal. Tenía otro pocu otro vecino, y, bueno, que había que arreglar la casa y

que el otro vecino no rezha pa arreglala, y le propusimos el cambiárselo por un pocu que teníamos en Tanea. Tampocu le armaba, pero después tuvo que entrar. Estaba mal del tejado lo de él y ya un día se le dijo: oye, o arreglas el tejado o te demando, yo lo mío no lo pierdo por tí. A lo otro no te podré obligar, pero a retejar el tejado sí. Ya el tíu lo vio duro y dijo que sí, que lo cambiaba. Lo cambió. A la cuadra le tuvimos que cambiar los pesebres que tiene, de roble, hubo que serrar el maderu allá en el monte, que lo sacamos con dos parejas, que no creas que fue ninguna broma. Hubo que hacerle la pared trasera, que se había caído, ponerle una puerta nueva, arreglar el tejado y tal. Y hoy allí está. El año pasadu següé la mitad o así, la otra mitad se quedó sin segar. Y nadie te da nada por él. Como ese tengo varios por allí, algunos que eran de mi güelu, y está todo perdido. Si por la primera llevo a las vacas y lo pastean algo, pero los praus si no se siegan... si no se siegan no hay prau, ahí por lo menos.

No home no... Y se formaban ¡coño!, con aquella miseria, la gente se casó y se quedó aquí y a fuerza de tiempo se fueron haciendo algu. Ahora: ponte a hacer la linde a las fincas, después una casa para vivir, después alguna cuadra para meter las vacas, las fincas, después algo de arriós de labranza, que si pareja, que si esto, que si lo otro... (Miguel).



Por todo ello, la introducción del ganado lácteo, con lo que esto suponía de conseguir unos ingresos fijos al mes por la venta de la leche supuso un gran cambio en las condiciones de vida ganaderas. Sin embargo, a partir de ahí se fue operando una cierta "desestructuración" del complejo de débitos e instituciones que el sistema ganadero del valle, basado en la ganadería extensiva de la vaca tudanca, había mantenido.

"Si, home, antes todo era tudancu. Aquí hubo tiempos que me acuerdo yo cuando todavía no había más que dos o tres vacas de leche. Después ya la gente empezó a tener una vacuca de leche para la casa, que no se vendía leche aquí. Después ya vino aquí la granja Poch, que fue la primera que empezó a llevar leche. Ya la gente empezó a poner por ahí, uno dos, otro tres, otro una y ya la gente se fue dedicando algo a la leche. Después vi-

no un tiempo en que varios ganaderos ya quitaron las tudancas y se pusieron con vacas de leche, ya ahora se volvió a acabar otra vez" (Marcelino).

A partir de ese momento el ganadero generaba un continuum de decisiones económicas individualizada en la selección de razas, de empresas a las que vender la leche, de mejoras en infraestructura, etc. La vieja solidaridad comunal de las vecerías, de la roturación y explotación de las zonas comunales desapareció, hasta tal punto que hoy en día no queda apenas en la memoria de la gente conocimiento de terrenos, montes o pastizales de carácter comunal, salvando casos del mancomunado monte Arria, con el valle de Herrerías.

La individualización del contexto social tuvo un primer momento con la solución momentánea de la emigración ante la fuerte presión de la población sobre el terrazgo:

p: Cuando yo era un chiquillo no encontrabas una finca libre. Nada, todo tenía amo. Eran muchos vecinos, y esto se hacía a base de gente. Si no era por la gente que había esto no se podía hacer. Y se acababa luego, la hierba se hacía enseguida, porque era mucha gente la que estaba sobre ello. Entonces no había trabajos, oye, y el que no podía pues metía un obrero para hacerlo, hoy no, porque un obrero en quince días te costó lo que no dan las vacas, y antes había muchísimos vecinos que lo hacían a base de obreros, y ellos también trabajaban algo. Hoy en ocho días el obrero te llevó el valor de tres vacas o cuatro, te trae más en cuenta comprarlo [la hierba] que ir a segar al prau.

-La gente ¿se quedaba aquí o se iba a trabajar fuera?

p: Bueno, antes iba también mucha gente a trabajar pora ahí afuera, pero en verano se venían para hacer la labor de la hierba, de agosteros.

p2: Hubo un tiempo que se salía a la sierra [serro-nes], no se salía más

p: No, al monte, claro.

p2: Después vino ya esto de los eucálitos.

p: Después hubo un tiempo en que la gente emigró mucho: para Australia, para Francia... emigraron muchos. Y claro, ya fue aflojando ya la gente. Pero que ahora llegó la hora de que aquí no quedan más que cuatro viejos. La poca gente que hay joven esto no lo miran para ellos, esto no lo quieren. Verán que no es rentable, que no lo es pero...

p2: Bueno, te voy a decir una cosa, aunque lo fuera tampoco lo querían. El ganado es esclavo, lo tienes que atender. Aunque dieran almidón las vacas, estos no lo quieren. (Marcelino y Miguel)

Esta continua toma de decisiones en la búsqueda de la optimización del capital, tuvo un segundo momento que supuso un primer corte con el pasado: la concentración parcelaria, que desensqu coastó viejas catalogaciones de

los vecinos —si bien también, como siempre, benefició a algunos hábiles (2)—:

1.-p: ¡Joder! si no es por la parcelaria aquí estaría todo hecho un cristo. La gente que hay hoy no podría hacer nada. De nada te valía tener una empacadora, porque no tenías por donde entrar a las fincas. La mayoría de las fincas eran de 1 área o de 2 áreas, no la mayoría, pero había muchas fincas de 2 áreas y de 1 área, que daban un coloño de hierba ... ¿onde entrabas? si no había caminos ni había entrada. Por lo menos ahora nos hicieron unas parcelas que todas lindan con la pista o con carretera, y entra la empacadora, entra un tractor, pones el pastor [eléctrico] a unas vacas a pastearlo y también tienes defensa, y antes ¿que antes qué ibas a hacer en una hazuca de 4 áreas?. Y si tuvieras que ir con una empacadora o con una segadora a segar un poco de aquello, no te podías valer allí. Antes, para juntar un carru de hierba había que andar unos cuantos praus. Antes todo era a base de coloños y llevarlos a donde los cogiera el carro, ahora a la mayoría de las parcelas entra el tractor [el pascualín].

Algunos ya habían cambiado mucho antes de venir la parcelaria. Hubo quien le costó mucho, por juntarlo y juntarlo y después vino la parcelaria y no hicieron nada porque lo tuvieron que deshacer. No, no, la Parcelaria fue la mayor ventaja para los que están aquí a trabajar. Claro que a la hora de la hora... antes valía poco dinero, pero lo vendías, sin venir la Parcelaria, porque yo mismo me tocó comprarlo, arrabales por ahí que no valían para nada, pero como no tenía más... y lo llevaba lo mío comprarlo. Ahora resulta que lo tengo en una parcela, la mayoría de ello, buena: la siega la segadora, la empaca la empacadora, entra allá el tractor... Y si mañana la pongo en venta no hay quien me dé una perra por ella, si la pongo en renta no hay quien la siegue ni regulá. El día que pare yo de segarla, ahí se quedó, hecha un bardal. Porque aquí, lo veo yo, no va a haber quién hacerlo, la poca gente que queda ya tiene terreno bastante, home, si es alguna finca buena, buena, la cogen y aunque sean dejan la suya pa monte, que eso vale mucho [replantación forestal, subvencionada]. Ahora a hacer lo que es de maquinaria, lo otro ahí se va a quedar".

p2.- El que tuvo acierto o lo hizo bien fue Junquillo, todos los prados buenos son de él.

p: Bueno, es que él se juntó a la gema de la Casona. El heredero de la Casona de Sobrelupeña no lo tenía muy claro... lo tenía muy atrasado... no coincidían ni los apellidos.

p2: Eso fue el que movió la parcelaria. Tenía amigos allá en aquello de la parcelaria y fue el que lo trajo aquí.

p: Claro, él dijo: la mejor forma de hacerme a ello es trayendo la parcelaria y poniendo todo a mi nombre por medio de comprarlo. Entre él y el que lo compró lo arreglaron: una la ponía a nombre de él y otra a nombre del otro. Así levantaron unas parcelas de los demonios.

C: *Y ha tenido acierto o habilidad para hacerse con una buena cabaña de vacas. Acierto o buenos apoyos.*

p: *Bueno, ha tenido muchos apoyos, no creas que ha sido porque es más inteligente que los demás. Porque tuvo apoyo y le abrieron los ojos. No es porque trabajó más que otros ni por más inteligencia, es porque le vino así, que se hizo con esas fincas de esa casa, que fue él el último que estuvo en ella y después se lo adjudicaron a él, este, el dueño, el que le heredó, que si no es porque lo heredó no disponía de ello. Que estaba todo muy arusado, a nombre de herederos del abuelo, no llegó a estar ni a nombre de los tíos. Y de tíos a sobrinos luego cuesta mucho pasarlo.*

C: *Y menos mal que vino la gente esa que si no le hubiera costado ponerlo a su nombre más de lo que valen. Ya lo sabía él. Si después vendió todo: vendió la casa, cuadras, una parcela grande que tenía encima de la casa, eso se lo vendió a los de Sobrelapeña, ya estará todo abandonado.*

p: *La parcelaria fue una cosa muy buena, de no haber sido por ella esto no valía ni para tacos de escopeta. Y con todo y eso no vale nada... La gente le costó mucho conformarse. Había quien no estaba conforme con nada, la gente somos muy egoístas y a todos se nos hacía... a todo el mundo decía que le había perjudicado.*

C: *¿No hubo una protesta enorme cuando quisieron llevar la carretera ahí a Rto?*

p: *Sí. Ahora, la mayor fuerza que hizo aquí la Parcelaria fue porque había que hacer una carretera para ir a Cires, a Burió. Y si no hubiera sido por la parcelaria, no se habría hecho, porque había que expropiar las fincas... Trazaron la carretera, después hicieron las pistas y después hicieron la concentración. El terreno de la carretera sí lo perdimos entre todos, a razón de lo que tenían te cogieron el terreno. Ahí la mayor fuerza la tuvieron esos pueblos porque no tenían la carretera y la gente no les daba el paso para hacerla, pedían la luna. (Marcelino, Miguel, Antonio y Donoso).*

El tercer punto de en lo que ya parecía una economía consolidada sobre el que se estaban haciendo inversiones y planes de futuro: la integración en la Comunidad Europea. La aplicación que la Política Agrícola Comunitaria (PAC) ha tenido sobre el valle ha sido demoledora. El sector lácteo se ha visto obligado a una reestructuración fortísima que ha dejado al ganadero desorientado y sufriendo alzas y bajas desconocidas hasta ahora. La necesidad de especialización de las explotaciones, primada desde la U.E., que obliga a una intensificación concentrada en pocas manos ha hecho que la pequeña economía

de supervivencia basada en unas pocas vacas, cuyo aporte lácteo podía significar un ingreso de 70 u 80 mil ptas. mensuales hubiera de desaparecer. Así, en este momento en el pueblo, y por ende en el valle, se produce una situación de readaptación a las nuevas directrices, quedando solamente 2 vecinos reconocidos que continúan con la venta de la leche a las centrales, habiendo hecho estos fuertes desembolsos en infraestructura (tanques frigoríficos, ordeñadoras, mejora de las cuadras, obtención de más prados, etc) que los demás no han podido o no han querido realizar. Así, en estos momentos encontramos un sector fuertemente subsidiado por las ayudas europeas, que parece estar volviendo al ganado autóctono o mixto para dedicación cárnica, lo que hace que la comunidad esté en un interesante momento de reelaboración de su identidad colectiva a través de ir orientando su economía y adaptando sus usos sociales a las imprecisiones que la construcción de una sociedad económicamente globalizada con una abusiva presencia de los medios de comunicación social, produce.

Esta tensión y confrontación de los valores que deben dominar en la comunidad, muy determinada por los usos económicos, es a la que nos referíamos anteriormente. Así las situaciones descritas por los ancianos son ya, no sólo momentos de edad dorada, tan comunes a los lugares de la memoria, sino situaciones perdidas que vienen dadas por la descripción del brutal cambio que su vida ha dado desde la guerra (para unos) y desde la democracia (para otros). La imagen de prados abandonados, del bosque adueñándose del terreno, la desaparición del ganado, de los jóvenes... provoca una sensación de crisis total, de desorientación, que es encarnada por un encaramiento a los usos y costumbres de la juventud, que les lleva a increpar su gandulería, su afición al ocio, al salir los fines de semana, que apetezcan comodidades, maquinaria, etc. Es una suerte de traición a lo que es su forma de haber vivido y percibido la comunidad, sintiendo, o empezando a sentirse ajenos, extraños a esta "moderna" forma de vida. Este salto y enfrentamiento generacional es algo sensitivo, palpable, fruto de influencias endoculturadoras muy diferentes, muy distintas y potentes. Lo que "era" y lo que "es" son dos juegos de intangibilidades que pesan sobre la comunidad: el veneno gaseoso de la costumbre y los recuerdos frente al gas expansivo de los sueños, los planes y... la huida.

NOTA

(1) Un primer esbozo: FERNÁNDEZ DE MATA, I. (1993) "Desarticulación de la estructura social de un espacio rural altocanábico. Breve visión de un proceso". *Revista de Folklóre*, n.º 148.



LAS VERDADERAS LETRAS DE LAS CANCIONES POPULARES DE FEDERICO GARCÍA LORCA

Pedro Vaquero

Existe una gran confusión en torno a las letras de las Canciones populares recogidas y armonizadas por Federico García Lorca. Las que se han publicado hasta la fecha difieren sustancialmente de unas ediciones a otras y no coinciden en ningún caso con las cantadas por La Argentinita en las grabaciones en que el poeta la acompañó tocando el piano.

La reciente edición de las Obras Completas, de Miguel García Posada (1), tampoco ha servido sino para aumentar la confusión. En lo que se refiere a los textos de las Canciones populares, García Posada se limita a seguir a Mario Hernández y a dar por buena la versión publicada por éste en 1981 (2).

Mario Hernández, a su vez, había escrito lo siguiente respecto a sus propias fuentes para fijar esos textos: "Las letras están tomadas directamente de los discos. Puesto que no se ha conservado ningún manuscrito del poeta, ni literario ni musical, me ha parecido lo más legítimo transcribir directamente la letra que en los discos se escucha, diferente en algunos casos de la copiada por Federico de Onís y luego repetida en las ediciones de la obra lorquiana" (3).

Efectivamente, si no se ha conservado ningún manuscrito del poeta ni edición impresa que él conociera de las Canciones populares, parece lógico recurrir a las grabaciones contenidas en los discos que grabó y sobre los que se manifestó expresamente satisfecho, en carta dirigida a La Argentinita (4). Sin embargo, resulta que las letras de la edición de Mario Hernández, como las de García Posada, no coinciden con las registradas por La Argentinita.

Tampoco coinciden exactamente con los discos las de Arturo del Hoyo, en su ya clásica edición de las Obras Completas, pero éste, al menos no manifiesta seguir los textos de la grabación. Del Hoyo sigue a Federico de Onís y da por buenas —equivocándose igualmente— como letras de los discos las de Mario Hernández (5).

En definitiva, las letras de las Canciones populares recogidas por Mario Hernández en 1981 y por García Posada en 1996, a pesar de invocar como fuente los discos gramofónicos grabados por García Lorca, mantienen diferencias de importancia con las realmente cantadas en los registros originales. Es muy probable que el origen de tales errores se daba a la mala reproducción de los discos que pudo escuchar Mario Hernández en 1981. Para seis de las canciones, esos discos no podían ser otros que los publicados en 1931 por La Voz de su Amo, hasta entonces nunca reeditados; para las cuatro restantes, o

eran igualmente los de 1931 o un microsurco con cuatro canciones publicado en los años cincuenta, única reedición hasta aquellos momentos. Cuando Mario Hernández hizo su edición, no había otras posibilidades, y aquellas grabaciones tenían grandes limitaciones para extraer de ellas con claridad los textos de las canciones.

No ocurre lo mismo a partir de la primera edición moderna de los discos originales, en 1989, después de efectuar una transferencia de las pizarras de 1931 con las técnicas más avanzadas disponibles, lanzada en microsurco LP con libretto conteniendo las letras de las canciones (6). Posteriormente, en 1994, esta grabación se procesa con las últimas técnicas digitales de limpieza de grabaciones antiguas y el resultado se edita en un disco compacto (7).

Gracias a la aplicación de estas nuevas tecnologías, en ambas grabaciones la voz es clara y los textos perfectamente audibles; las diferencias con los publicados en las distintas ediciones de la obra de Lorca, incluso en las más recientes, son evidentes, llegando a ser sustanciales en varios casos.

Así ocurre, por ejemplo, en Sevillanas del siglo XVIII y en El Café de Chinitas respecto a las ediciones de Mario Hernández y García Posada, y en Los mozos de Monleón respecto a la de Arturo del Hoyo. En otros casos, se incluyen u omiten estrofas completas que no están en la grabación. Otra cuestión de difícil explicación es que las grabaciones de García Lorca no contienen más que diez canciones, mientras que la colección completa, incluso la de Mario Hernández y García Posada, contiene trece. Evidentemente, hay tres canciones —Los reyes de la baraja, La Tarara y el Romance de don Boyso— que no pueden proceder de los discos, por mucho que se afirme lo contrario.

Las letras que realmente se escuchan en los discos que grabó García Lorca, que constituyen la mejor fuente para fijar estos textos, y que no se han publicado hasta ahora en las distintas ediciones de la obra lorquiana, son las siguientes:

LETRAS DE LAS CANCIONES

1. Zorongo Gitano

*Tengo los ojos azules,
tengo los ojos azules,
y el corazoncito igual
que la cresta de la lumbre.*

*De noche me salgo al patio
y me **jarto** de llorar
de ver que te quiero tanto
y tú no me quieres ná.*

*Esta gitana está loca,
loca que la van a atar,
que lo que sueña de noche
quiere que sea verdad.*

2. Anda Jaleo

*Yo me arrimé a un pino verde (1)
por ver si la divisaba
y sólo divisé el polvo
del coche que la llevaba.*

*¡Anda, jaleo, jaleo!
Ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo (2).*

*No salgas, paloma, al campo,
mira que soy cazador,
y si te tiro y te mato,
para mí será el dolor,
para mí será el quebranto.*

*¡Anda, jaleo, jaleo!
Ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo (3).*

*Por la calle de los Muros (4)
han matado una paloma (5).
Yo cortaré con mis manos
las flores de tu corona (6).*

*¡Anda, jaleo, jaleo!
Ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo (7).*

(1) "Yo me subí a un pino verde" en las obras citadas de Arturo del Hoyo, Mario Hernández y Miguel García Posada; en lo sucesivo AH, MH y GP, respectivamente.

(2) "Y ahora empieza el tiroteo" en AH.

(3) "Y ahora empieza el tiroteo", en AH.

(4) "En la calle de los Muros", figurando en segundo lugar esta estrofa, en AH.

(5) "Mataron a una paloma" en AH.

(6) "Las flores de su corona" en AH.

(7) "Y ahora empieza el tiroteo" en AH.

3. Sevillanas del siglo XVIII

*¡Viva Sevilla!
Llevan las sevillanas
en la mantilla
un letrado que dice:
¡Viva Sevilla!*

*¡Viva Triana!
¡Vivan los trianeros,
los de Triana!
¡Vivan los sevillanos
y sevillanas! (1).*

*Lo traigo andado.
La Macarena y todo
lo traigo andado.
Lo traigo andado.
Cara como la tuya
no la he encontrado.
La Macarena y todo
lo traigo andado.*

*¡Ay, río de Sevilla,
qué bien pareces,
lleno de velas blancas
y ramos verdes! (2).*

(1) *¡Viva Triana!
¡Vivan los de Triana,
los trianeros!
¡Vivan los sevillanos
y sevillanas!*

Así en MH y GP, con cambios sustanciales, pues afectan muy negativamente al ritmo y a la rima. Coincide la versión del disco con la de AH.

(2) "Y ramas verdes", en AH.

4. Los cuatro muleros (1)

*De los cuatro muleros
que van al agua,
el de la mula torda
me roba el alma.*

*De los cuatro muleros
que van al río,
el de la mula torda
es mi **marío**.*

*¡A qué buscas la lumbre
la calle arriba,
si de tu cara sale
la brasa viva?*

(1) En la grabación no se incluye una primera estrofa que sí aparece en todas las ediciones:

*De los cuatro muleros
que van al campo,
el de la mula torda,
moreno y alto.*

5. Nana de Sevilla

*Este galapaguito
no tiene **mare**.
Lo parió una gitana,
lo echó a la calle.*

*Este niño chiquito
no tiene cuna;
su padre es carpintero
y le hará una.*

6. Romance Pascual de los Pelegrinitos

*Hacia Roma caminan
dos pelegrinos,
a que los case el Papa,
porque son primos.*

*Sombrerito de hule
lleva el mozuero,
y la pelegrinita,
de terciopelo.*

*Al pasar por el puente
de la Victoria,
tropezó la madrina,
cayó la novia.*

*Han llegado a Palacio (1),
y suben arriba,
y en la sala del Papa
los **dexaminan**.*

*Le ha preguntado el Papa
cómo se llaman.
El le dice que Pedro
y ella que Ana.*

*Le ha preguntado el Papa
que qué edad tienen (2).
Ella dice que quince
y él diecisiete.*

*Le ha preguntado el Papa
de dónde eran.
Ella dice de Cabra
y él de Antequera.*

*Le ha preguntado el Papa
que si han pecado.
El le dice que un beso (3)
que le había dado.*

*Y la pelegrinita,
que es vergonzosa,
se le ha puesto la cara
como una rosa.*

*Y ha respondido el Papa
desde su cuarto:
¡Quién fuera pelegrino
para otro tanto!*

*Las campanas de Roma
ya repicaron
porque los pelegrinos
ya se han casado (4).*

(1) "Al llegar a palacio" en MH y GP.

(2) "Qué edad tienen" en GP, único caso en que se aparta de MH.

(3) "Ella dice que un beso" en MH y GP.

(4) "Ya se casaron" en AH.

7. En el Café de Chinitas

*En el Café de Chinitas
dijo Paquiro a su hermano:
Soy más valiente que tú,
más torero y más gitano.*

*Sacó Paquiro el reló (1)
y dijo de esta manera:
Este toro ha de morir
antes de las cuatro y media.*

*Al dar las cuatro en la calle
se salieron del Café
y era Paquiro en la calle
un torero de cartel (2).*

(1) "Sacó Frascuelo el reló", en MH y GP.

(2) Esta estrofa no aparece en MH y GP, sí en AH. Tanto en AH como en MH y GP aparece, en segundo lugar, una estrofa que no se incluyó en la grabación discográfica:

*En el Café de Chinitas
dijo Paquiro a Frascuelo:
soy más valiente que tú,
más gitano y más torero.*

8. Las Morillas de Jaén

*Tres morillas me enamoran (1)
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.*

*Tres morillas tan garridas (2)
iban a coger olivas,
y hallábanlas cogidas
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.*

*Y hallábanlas cogidas
y tornaban desmaídas
y las colores perdidas
en Jaén.
Axa y Fátima y Marién.*

*Tres moricas tan lozanas,
tres moricas tan lozanas
iban a coger manzanas
a Jaén:
Axa y Fátima y Marién (3).*

*Dijeles: ¡Quién sois señoras
de mi vida robadoras?
Cristianas que éramos moras
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.*

*Tres morillas me enamoran
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.*

(1) "Tres moricas me enamoran" en AH, MH y GP.

(2) "Tres moricas tan garridas" en AH, MH y GP.

(3) En AH, MH y GP no se repite el primer verso de la estrofa, lo que da lugar a un tercero y cuarto diferentes:

*Tres moricas tan lozanas
iban a coger manzanas
y hallábanlas tomadas
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.*

9. Romance de los mozos de Monleón

*Los mozos de Monleón
se fueron a arar temprano,
para ir a la corrida
y remudar con despacio.
Al hijo de la veñuga (1)
el remudo no le han dado.
-Al toro tengo de ir (2)
manque vaya de prestado (3).*

*-Permita Dios, si lo encuentras,
que te traigan en un carro.
Las albarcas y el sombrero
de los siniestros colgando.*

*Se cogen los garrochones,
se van las navas abajo (4),
preguntando por el toro:
el toro ya está encerrado (5).
A la mitad del camino (6)
al mayoral se encontraron (7).
Muchachos que vais al toro (8),
mirad que el toro es muy malo,
que la leche que mamó
se la di yo por mi mano.*

*Se presentan en la plaza
cuatro mozos muy gallardos.
Manuel Sánchez llamó al toro;
¡nunca lo hubiera llamado!: (9)
por el pico de una albarca
toda la plaza arrastrando (10).
Cuando el toro lo dejó,
ya lo ha dejado sangrando (11).*

*-Amigos, que yo me muero (12);
amigos, yo estoy muy malo;
tres pañuelos tengo dentro
y este que meto son cuatro.
-Que llamen al confesor
pa que venga a confesarlo (13).*

*Cuando el confesor llegaba (14),
Manuel Sánchez ha expirado (15).*

*Al rico de Monleón
le piden los **bueis** y el carro,
pa llevar a Manuel Sánchez,
que el torito lo ha matado (16).
A la puerta la veñuga (17)
arrecularon el carro.
Aquí tenéis vuestro hijo,
como lo habéis demandado.*

(1) "Al hijo de la viuda" en AH.

(2) "Al toro tengo que ir" en MH y GP.

(3) "Aunque lo busque prestado" en AH.

(4) "Marchan las navas abajo" en AH.

(5) "Y el toro ya está encerrado" en AH, MH y GP.

(6) "En el medio del camino" en AH.

(7) "Al vaquero preguntaron.
-Qué tiempo tiene el toro?
-El toro tiene ocho años" en AH.

(8) "Muchachos, no entréis a él" en AH.

(9) "Nunca le hubiera llamado" en AH.

(10) "Toda la plaza arrastrado" en AH.

(11) "Ya lo ha dejado muy malo" en AH.

(12) "Compañeros, yo me muero" en AH.

(13) "Para que vaya a auxiliarlo" en AH.

(14) "No se pudo confesar" en AH.

(15) "Porque estaba ya expirando" en AH.

(16) "Que el torito le ha matado" en AH.

(17) "A la puerta de la viuda" en AH.

10. Las tres hojas

*Debajo de la hoja
de la verbena
tengo a mi amante malo,
¡Jesús, qué pena!*

*Debajo de la hoja
de la lechuga
tengo a mi amante malo
con calentura.*

*Debajo de la hoja
del perejil
tengo a mi amante malo,
no puedo ir.*

NOTAS

(1) GARCÍA POSADA, Miguel: *Federico García Lorca, Obras Completas I*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.

(2) GARCÍA POSADA, Miguel: *Ob. cit.*, p. 988.

(3) HERNÁNDEZ, Mario: *Federico García Lorca Obras G.* Alianza Editorial, Madrid, 1981. p. 229.

(4) DEL HOYO, Arturo: *Federico García Lorca, Obras Completas.* Aguilar, Madrid, 1986. Tomo III, p. 1.004.

(5) DEL HOYO, Arturo: *Ob. cit.*, Tomo I, p. 1.172.

(6) Colección de Canciones Populares Españolas, Federico García Lorca (piano), La Argentinita (voz). Sonifolk, Ref. J-105, Madrid, 1989.

(7) Sonifolk, Ref. 20105.



LAS DOS SERPIENTES. RELATO DE MADRIGAL DE LA VERA (CACERES)

Pedro Lahorascala

Me contaba mi padre que una vez le corrieron dos culebras.

—¡Uy, chacho, eran así de grandes! —y extendía los dos brazos.

Las Cañadas (la *escañá*) es una finca de unas cinco hectáreas que perteneció a mi padre. Tenía tejar, olivar y regadío, y una pequeña zona de secano que solía sembrar de avena para el ganado equino de servicio de la finca. Tanto el olivar como este secano dan con la dehesa del común, cubierta de monte bajo de jara, brezo, retama y corros de matorral de roble.



Madrigal de la Vera (Caceres)

En cierta ocasión en que se encontraba arreglando la zanja de separación y, de paso, buscando alguna cama de liebre o madrigueras de conejos, se le levantaron las dos culebras.

—Estaba yo hurgando con un palo, escarbando matas y catando con las manos, cuando me doy con dos culebras que estaban enroscadas, como un manojo de fideos gordos. Bueno, como sogas. ¡Dios! Me eché p'atrás de un brinco y vi cómo se desenrollaban. Daban cabezás pa un lado y pa otro, y bufaban ¡ffiuuu, fiiuuu!

Y mi padre se movía y las imitaba contorsionando el cuerpo y moviendo las manos, lanzándolas contra nosotros: ¡Fiu, fiu!

—Estaban allí como *apareás* y eran más gordas que *l'a Santiaga* —exageraba, mentando a una pariente nuestra—. Se pusieron de pie y se me tiraron,

y yo salí corriendo. Cogí el camino hacia el tejar y para tenerlas a raya, de vez en cuando me volvía y las asustaba con el palo. ¡Zas, zas! Pero las culebras no dejaban de correr y me alcanzaban, una detrás de otra y otras veces juntas. ¡Fiu, fiu!, silbaban ellas. ¡Zas, zas!, les soñaba el palo yo.

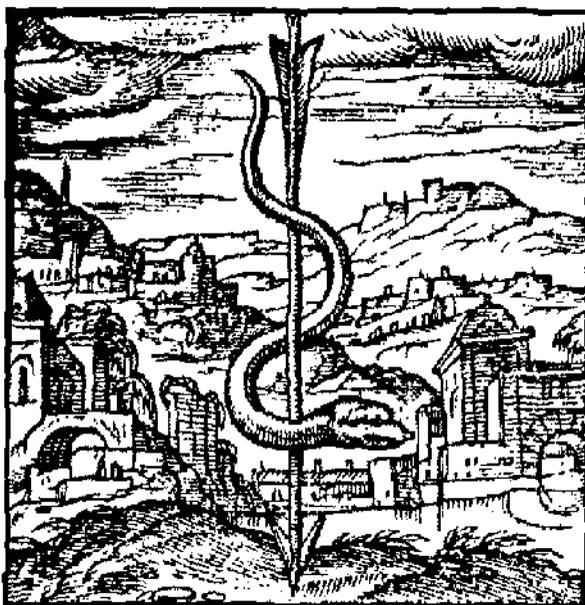
Así las cosas, tuvo una idea.

—Como veía que no las dejaba atrás, me metí en el barbecho, cogiendo los surcos a través.

El barbecho, y lo daba por sentado, se refería al secano que sembraba de avena. Allí, el corte de la caña del cereal, segado con hoz a mano (alto) y seco de un año para otro, así como la ondulación que los surcos prestaban al terreno, frenaría la velocidad de las culebras, pensó mi padre.

—Además, decía, surcando mucho trecho se les partía la espina.

Pero salieron nuevamente a otro senderillo y le alcanzaron. ¡Auggg!, atemoriqué yo mi relato.



—Entonces, continuó mi padre, me volví de pronto y me tiré a ellas, y, con el palo, de un golpe le tronché el cuello a una, y a la otra, que se me enroscó en una pierna, saqué la navaja y la corté por la mitad.

Y nos tiró un derrote con el dedo gordo y la mano cerrada. ¡*Rasss!*

—Buena culebra estás tú hecho, dijo mi madre, que cosía al lado nuestro, recogiendo la costura y guardando la aguja en un alfilerero forrado con piel de serpiente.

—Mira, todavía cojeo un poco, la embromó mi padre haciéndose el renco mientras se marchaba riendo estrepitosamente.

Todos salimos detrás, haciendo lo mismo.

—¿Y era verdad? —me preguntaron los niños, viendo que yo también me iba.

—Ya lo creo. Como lo del lagarto en el puchero. Pero eso os lo contaré otro día.

—¡Ahora, ahora, abuelo!

No les hice caso y me fui a acostar haciéndome el zambo.

NOTAS

Apareás: apareadas, posiblemente en período de celo.

Renco: cojo de la cadera.

Zambo: que tiene las rodillas juntas y separadas las piernas hacia afuera,

Derrote: cornada que da el toro levantando la cabeza. En sentido figurado, golpe o amago que se hace con la mano o un arma.

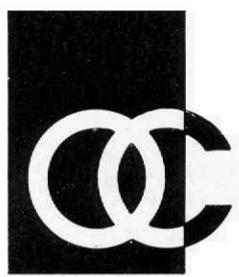
Alfilerero: especie de canuto pequeño de metal, madera u otra materia, que sirve para meter en él alfileres y agujas. Los quintos (mozos que sortean para ir al servicio militar) traían vainas de las balas de fusil para hacer alfilereros a las novias, madres y hermanas.



Tabla de materias que contiene este Libro Decimoséptimo ●

	Pág.
195 } Un rito de la Semana Santa burgalesa desaparecido. "El Judas"	3
M. ^a Jesús Temiño López-Muñiz	
El Mayo festivo por tierras cacereñas.....	18
José María Domínguez Moreno	
Los dos panes. Cuento de lobos en Madrigal de la Vera.....	27
Pedro Laborascala	
El folklore del balón redondo	29
Fernando Herrero	
Anotaciones en torno a "Los Mayordomos" de Cristóbal (Salamanca)	35 - 36
Juliana Panizo Rodríguez y Fátima López	
El motivo de "la mujer disfrazada de varón" en la tradición oral moderna	39
Antonio Lorenzo Vélez	
Juegos infantiles de dedos, manos y brazos	60
José Ramón López de los Mozos	
Una mirada a la fotografía desde la etnología	66
Antonio Bellido Blanco	
De paso por Cumbres Mayores. (Viaje por sus piedras, sus voces, su aire).....	70 - 72
Manuel Garrido Palacios	
Lechuzas y búhos. ¿Aves de mal agüero?	75
Manuel Angel Charro Gorgojo	
195 } Los cuentos tradicionales en <i>Los cuentos y romances andaluces, cuadros y rasgos meridionales</i> (1844-1869) de Manuel María de Santa Ana (1820-1894).....	83
José Luis Agández García	
Las fiestas de Las Candelas en la provincia de Cáceres.....	99
José María Domínguez Moreno	
El romancero profano de Mijares (Ávila).....	104 - 108
José M. ^a González Muñoz	
El Rabel en La Rioja.....	111
Javier Asensio García	
196 } Ubios corrales de la Ribera del Duero (Burgos).....	127
Arturo Martín Criado	
La romanza de San Libor de Cerésola (Huesca).....	133
José Luis Acín Fanlo	

	Frascs célebres y paremias relativas al honor y a la honradez	141	151/
	Juliana Panizo Rodríguez		
	"Les Danses" de Bocairent (Valencia).....	147	
	Antonio Atienza Peñarocha		
194	La tradición oral en los conventos de clausura.....	165	
	Ana Caramanzana		
	Gerald Brenan y la copla popular en España.....	168	
	Enrique Baltanás		
	Enramadas, mayos y plantas protectoras en el ciclo festivo burgalés..	171	
	M.ª Jesús Terriño López-Muñiz		
	¡Viva la copla!.....	179	180
	Claudio Alvarez Bianchi		
	La indumentaria de los aragoneses según viajeros de los siglos XVIII y XIX (I).....	183	
	Fernando Maneros López		
	Lengua y tradición del Bierzo Alto (I).....	198	
	Anibal Arias Barredo		
198	La tensión del cambio. Conflictos generacionales en la vivencia del cambio económico de un valle altocantábrico.....	205	
	Ignacio Fernández de la Mata		
	Las verdaderas letras de las Canciones populares de Federico García Lorca.....	210	
	Pedro Vaquero		
	Las dos serpientes. Relato de Madrigal de la Vera (Cáceres).....	215	
	Pedro Lahorascala		



Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular
VALLADOLID